



CHINA.—El sembrador mecánico. (Pág. 371).

PERSIA.

Memoria del Rdo. Bedjan, sacerdote de la Mision de Persia.

DERMITIDME que os remita las siguientes noticias acerca el estado actual de la Religion en Persia, á la que nuestra Mision presta considerables servicios.

I. Esta ha preservado á las antiguas familias cristianas de caer en el protestantismo, que invadia el país de una manera desastrosa, y en la vasta y hermosa llanura de Urmiah ha más que decuplicado el número de católicos, y aún ahora hace todos los días prodigiosos progresos en la conversion de los nestorianos (1) principalmente, que son muy numerosos. Está de tal suerte pronunciado el movimiento, que hasta los caldeos cismáticos de Turquía siguen el impulso y piden ser recibidos en el número de los hijos de la Iglesia. Este año ha habido unas treinta escuelas más que en los precedentes. ¡Prueba irrecusable del inmenso triunfo de la fe. Las dos familias de san Vicente vienen así á emprender la conversion de los armenios, y espero que con el tiempo obtendrán consoladores resultados.

II. Los principales medios que dan tan feliz éxito son á mi parecer:

1.º La union cordial y sincera que reina entre los misioneros y el clero indígena, y un gran espíritu de familia que une los fieles á los misioneros: éstos se ocupan, en efecto, con toda la condescendencia y el cuidado posible, aún de los intereses materiales de los cristianos que les están confiados.

(1) Sólo hay nestorianos entre los caldeos.

2.º La liturgia caldea del país, que los misioneros respetan con toda escrupulosidad. El nestoriano, teniendo la misma liturgia y la misma lengua, se deja convencer más por lo que ve que por lo que oye, y no experimenta repugnancia en convertirse, pues encuentra en nosotros observancias casi iguales á las suyas. Efectivamente, nuestros compañeros y las Hijas de la Caridad observan rigurosamente toda la Cuaresma la abstinencia algo severa de los indígenas sin usar dispensa de ninguna clase, lo que les ha sorprendido, valiéndonos inmediatamente toda su confianza. Si hasta hoy no hemos podido hacer cosa alguna sólida entre los armenios, débese á que no hemos tenido el consuelo de poder ofrecerles sacerdotes de su nacion para cumplir entre ellos su propia liturgia. Es este un punto capital.

En cuanto á esos infelices caldeos, les faltan libros: muchos sacerdotes no pueden rezar el Oficio por falta de Breviario, que aún no ha sido impreso nunca, excepto el Diurno! ¡Oh! si mis proyectos fuesen eficazmente favorecidos por algun donativo especial, creo haria un gran beneficio á esta infeliz nacion, sobre todo haciendo publicar el Oficio divino, que los mismos nestorianos adoptarian sin la menor dificultad.

3.º Finalmente, las escuelas que en todas partes se han establecido para enseñar la doctrina cristiana, así al niño católico como al que es aún cismático. Los nestorianos nos confían sus hijos con facilidad asombrosa: enseñándoles á leer les enseñamos el catecismo con las oraciones de la Iglesia. Medio fácil y sumamente eficaz de propagar la fe y la unidad.

III. Mas esta Mision, tan bella y fecunda en frutos

de salud, no puede contar con recursos locales, porque en general nuestros cristianos no son ricos. Las grandes fortunas están centralizadas en manos de algunos señores musulmanes.

Sin embargo, pudieran crearse medios de existencia para las escuelas que les asegurasen un porvenir lleno de esperanza. Es este un punto sobre el cual llamo vuestra atencion y la de todos los bienhechores de las Misiones, pues si se me ayudase á realizar esta idea, el porvenir de todas nuestras escuelas y aún de la Mision católica en Persia estaria asegurado para siempre al cabo de cierto número de años.

Un hombre competente que escogiese con tacto una propiedad (campo ó viña), y que supiese hacerla producir, pudiera obtener una renta de 10 por 100 á lo menos, pues con frecuencia se saca más aún. Las rentas, ó sea de 150 á 200 pesetas, estarian afectas á una escuela católica, cuyo gasto anual en este país representa á corta diferencia esta suma. Puedo citar algunos terrenos en tales condiciones pertenecientes ya á la Mision y que prestan igual servicio. En Persia la propiedad dada á Dios es tan sagrada ante la ley musulmana, que la prescripcion, aunque fuese de cien años, no puede infirmar el derecho del propietario legítimo. No se reconoce en el gobierno, por despótico que sea, el supremo dominio, ni siquiera por motivo de utilidad pública. Así el único medio de transferir la propiedad es la voluntad *libre* del poseedor legítimo.

Los cristianos pueden, pues, adquirir y poseer tierras, no sólo en su propio nombre, sino tambien en nombre de una obra ó comunidad, pues siendo la religion católica reconocida por el Estado, sin dificultad alguna y sin ninguna autorizacion previa puede aceptar donaciones, comprar y poseer tierras, etc., aún con el título sagrado de *vahf* (bienes de manos muertas). Este título hace más respetables los bienes de la Iglesia para los mismos musulmanes, y menos atacables ante los tribunales. Vaya un ejemplo: hace cerca de siglo y medio que los misioneros latinos fueron arrojados de la Persia por Nadir-Schah, y desde aquella época las propiedades que dichos misioneros poseian en Ispahan han sido conservadas para el clero católico de este país, que los beneficia todavía.

Ahora bien, de 1,500 á 1,800 pesetas bastarian, una vez por todas, para crear un beneficio escolar ó curial, ó un dote pio para el seminario, comprando un campo inalienable, y fundar así á perpetuidad la renta de una escuela católica ó de un párroco, ó un dote pio: os doy seguridad de ello.

¡Oh! ¡si pudiérais cada año, por un suplemento de asignacion ó por limosna extraordinaria de uno de vuestros generosos asociados, ponernos en estado de adquirir un campo ó una viña! ¡qué apostolado perpetuo! ¡qué brillante porvenir para nuestras escuelas de Oriente! En algunos años nuestra Obra, así constituida en el país, se convertiría en una fuente inagotable de salvacion para la Persia, y eso á pesar de todas las revoluciones que pudieran agitar al mundo!

Si una limosna pasajera es excelente, pareceme que una caridad *durable*, cuyos frutos se renuevan á perpetuidad, debe ser muy preferible, ¿no es verdad?

Os confio mi proyecto de predileccion, publicadlo en vuestro *Boletín*, y estoy seguro que encontraréis entre vuestros asociados más de una alma generosa que comprenderá todo su alcance, y que querrá hacer una fun-

dacion tan eminentemente cristiana con tan módica suma! ¡fundar perpetuamente una cristiandad por una escuela y un párroco!...

Extracto de dos cartas del Rdo. Salomon, sacerdote de la Mision de Persia.



UESTRAS obras están en el mismo pié en que las dejó al morir su venerable y llorado fundador. No sólo conservamos las conquistas ya hechas, sino que además hemos asegurado otras muchas. Así, en un pueblo protestante diez familias piden ser recibidas entre los hijos de la Iglesia; y lo que hay de significativo en este movimiento, es que ha tenido lugar despues del fallecimiento del Ilmo. Cluzel. Asimismo tenemos constantemente nuevas conversiones.

Ahora contamos cinco sacerdotes convertidos del cisma y herejía de Nestorio, y los instruimos y preparamos para que puedan celebrar la santa Misa. El retorno de los miembros del clero prepara y determina siempre la conversion de los fieles: por esto los recibimos aunque sean poco aptos para ayudarnos en las funciones difíciles del santo ministerio.

La construccion de la nueva iglesia nos ha costado mucho, es cierto, pero ha hecho un bien inmenso por la buena impresion que produce en los espíritus. El público no deja de hacer esta picante comparacion: los misioneros católicos consagran su dinero á edificar iglesias, mientras los protestantes sólo lo gastan en alzarse palacios. Los americanos quedan tan humillados con tales reflexiones, que han publicado en su periódico local un artículo que tacha de supersticion la munificencia de las almas cristianas para los santuarios consagrados al culto divino.

Las Autoridades musulmanas continúan mostrándose buenas con nosotros: las diligencias que hacemos cerca de ellas en favor de los cristianos obtienen por lo comun feliz éxito. Esta provechosa influencia hace un bien incalculable, tanto para el alivio de los cuerpos como para la salvacion de las almas.

Roma acaba de enviarnos dos Padres melquitaristas, religiosos armenios, que deben ocuparse en la conversion de sus nacionales.

Tenemos setenta y cuatro escuelas para abrir y conservar en nuestra sola Mision de Urmiah y sus dependencias: carga abrumadora para nosotros; pero no podemos retroceder, pues nuestros enemigos no dejarían de cantar victoria y de apoderarse de los niños siuviésemos la desdicha de abandonar las plazas conquistadas con tantos sacrificios y sudores!

Nuestros dos huerfanatos de niñas y muchachos no cuentan con otros recursos que con los graneros de la divina Providencia. Sin embargo, ¡cómo puede uno abstenerse de recoger infelices niños abandonados en circunstancias desgarradoras! Véase un hecho reciente: Una viuda cargada de familia, que vivía sólo de limosnas, acababa de recibir de nuestras Hermanas la módica suma de cuatro pesetas: habiéndolo sabido el señor de su pueblo se las tomó como tributo. Esta infortunada, en su desesperacion, abandona sus cuatro hijos y se ausenta. ¿Podíamos nosotros, representantes del Padre celestial é hijos de san Vicente, rehusar un pedazo de pan á esas inocentes criaturas, que deberán su salud eterna á su infortunio temporal?

Treinta y cuatro sacerdotes del país forman el clero

indígena que nos ayuda de la manera más eficaz á extender y conservar la fe. Sin ellos nos sería imposible asegurar el fruto de nuestras Misiones. Pues bien, esos obreros del Evangelio no tienen para vivir sino veinte y cinco honorarios de misas que les procuramos cada mes; y si la Mision no acudiese en su ayuda con caritativos socorros, ninguno de ellos pudiera continuar su santo ministerio.

La miseria es grande, pues el país no ha tenido aún tiempo de cerrar sus anchas y profundas heridas. La terrible hambre de 1880 fué seguida de cerca por la más desastrosa de las invasiones en 1881. Dos años de paso y de permanencia de tropas que lo han devastado todo; los yelos que han hecho faltar este año la recolección del trigo y de las viñas, son otros tantos azotes que han afligido al país. No puedo añadir sino esta frase del Profeta: *Tibi derelictus est pauper, orphanus tu eris adjutor*. Sí, sed la providencia de nuestros pobres y el protector de nuestros huérfanos...

...El Rdo. H. Thomas, nuevo prefecto apostólico, fué recibido el 23 de diciembre de 1882, y su entrada en la ciudad fué un verdadero triunfo para nuestra religion y un dulce consuelo para los cristianos. Se le hizo una recepción magnífica. Salieron á su encuentro más de ochenta jinetes, y el gobernador general, Alí-Khan, envió un *yedek*, caballo de parada, preciosamente engualdrapado, y acompañado de veinte y cuatro hombres de su séquito con dos oficiales. Adjudan-Makhsus, ayuda de campo del rey, y su hermano el general Khosrow-Khan enviaron asimismo, cada uno en su propio nombre, un *yedek*, acompañado de cuatro hombres á caballo. El querido Prelado difunto entraba siempre por la puerta de Tchaharbakhche, como más próxima á nuestra casa; pero esta vez los oficiales quisieron que el reverendo Thomas entrase por la puerta de Balava, y así cruzó toda la ciudad.

A su llegada á la Mision fué recibido solemnemente en la nueva iglesia, y después de las ceremonias de costumbre fué instalado en el departamento que ocupó el Ilmo. Cluzel. Desde luego empezaron las visitas de bienvenida. Hasta el gran Muchsteid (gran Mollah) Mirza-Hussein-Agha, le envió regalos para felicitarle por su llegada.

El Rdo. Thomas encuentra nuestra Mision floreciente. A cada paso, en efecto, tenemos motivo para alabar á Dios por las bendiciones que derrama sobre nuestras obras. Estos días nos ha enviado unas sesenta familias bajadas de las montañas y que se han fijado en los pueblecitos de los alrededores de Barendiz. Estos infelices no han podido recoger sino mijo, y necesitan un poco de harina para mezclarla con ese pan negro y darle alguna consistencia. Este será su único alimento durante algún tiempo, y si algún bienhechor me ayuda les enviaré uno ó dos sacos de trigo.

El famoso Jeque que fué causa de tantos trastornos fué llevado á Mossul. Las montañas están tranquilas.

Orad por un sacerdote que estamos preparando para Derbend...

CHINA.

Carta del Ilmo. Tagliabue, vicario apostólico del Tche-ly occidental.



ADA vez que se me presenta ocasión de hablar de la China recuerdo á Nuestro Señor sentado junto á los muros de la Jerusalem infiel, y derramando amargas lágrimas por la suerte de

aquella ciudad infortunada. ¿Cómo puede ser, me digo á mí mismo, que haya hombres que no conozcan á Dios y rechacen conocerle? ¿qué dicha puede gustarse en el servicio del demonio? Luego reconcentrándome en mí mismo, acúsome de ser la causa de ello por mi infidelidad á la gracia.

Que el Señor envíe, pues, algún obrero que siembre en todas partes la fe como el labrador el grano en su campo, y entonces se verá las espigas muy cargadas doblarse á su peso y llenar los graneros del Padre de familias.

¿Por qué no se corre con avidez á templar la sed en las aguas vivas que manan de las fuentes del Salvador? ¿Es por ventura pesado el yugo del Señor? ¿Acaso nos hubiera engañado Jesucristo, y después de él los Apóstoles, los Mártires y los Santos?

¿Cuáles son las delicias del paganismo para que sea objeto de envidia á los pueblos que viven á la sombra de la cruz?

Sin embargo, el paganismo, si se penetra en ese sepulcro, no exhala más que corrupción: hay, pues, gentes que como los animales voraces se deleitan en la podredumbre. El corazón, la inteligencia, la educación, las costumbres del pagano, todo no respira sino muerte, locura, crueldad y desesperación. De ello quiero daros una pequeña muestra, y para que sea más notable, elegiré uno de esos seres que, aunque bautizado, nunca dió su corazón á Dios, y así antes como después de su pretendida conversión ha quedado esclavo del demonio. Véase lo que es un pagano, aún después del bautismo. Ese hombre en medio de un pueblo todo infiel, trató de ser cristiano sin duda con la esperanza de ser más rico: como no ha visto cumplidos sus deseos, da de mano á toda práctica religiosa, y su consorte, más insensible aún, permaneció siempre fiel esclava del demonio.

Tenían un hijo de suficiente edad para que se le buscara una esposa, cosa indispensable entre los paganos, pues á sus ojos un hombre sin mujer no forma parte de la sociedad, es un sér cuya existencia no se comprende. Esta idea está de tal suerte arraigada en su espíritu que si un jóven, cuyos padres gozan de algún bienestar, muere antes de haber obtenido este inestimable tesoro, se le busca entre los muertos una jóven de la misma edad, celébranse las ceremonias del casamiento, se transportan los huesos de la jóven, se la sepulta junto á su esposo del otro mundo y cata ahí un esposo feliz.

Los paganos, sin embargo, aprecian la virginidad, á su modo se entiende: esta virtud no asusta á los demonios sus adeptos; pero es tan rara que se levanta un monumento á toda jóven ó viuda que ha rehusado constantemente un matrimonio honroso.

Volvamos á nuestro pagano, que encontró para su hijo una esposa de quince años, nueva cristiana. Durante los primeros meses, que son de rosas y jazmines, la dejó orar; refunfuñaba á veces, pero no la molestó.

Por fin no pudo soportar más un ejemplo que excitaba sus remordimientos...

—No quiero que ore más, dijo cierto día: ¿para qué perder el tiempo?

La jóven quiso continuar: entonces se incomodó, y llamando á su hijo, le dice:

—Vas á hacer entrar á tu mujer en razón; soy el dueño y prohíbo que se ore.

Y mandó á su hijo que pegase á su jóven esposa. Este

es otro de los rasgos de las costumbres paganas: el hijo se ve obligado á golpear á su mujer por orden de su padre ó madre; no tiene que examinar el por qué; recibe la orden, y vapulea hasta que se le dice «Basta.» La suegra no deja á veces de desempeñar por sí misma el oficio de verdugo.

La pobre jóven se encuentra bajo un triple martillo que la hiere como sobre un yunque. Así golpeada cada día, huye á casa de sus padres: se la vuelve con violencia, y para impedir que se escape de nuevo, lo que es una infamia para la familia, pues se supone entonces que es maltratada, le traban piernas y brazos, y atada la obligan á trabajar en el campo: tiene, no obstante, el valor de orar aún, y desde entonces se excede toda medida: cada día recibe una brutal fustigación; la suegra le dá tan fuertes golpes en la cabeza que pierde todos los cabellos; no le dan sino el alimento para que no muera, y por la noche á fin de evitar que huya, se la sujeta con una cuerda á una de las vigas de la casa.

Sus vestidos, en un calor de 28°, son los acolchados de invierno, que lleva muchos meses sin quitárselos un momento.

Hace más de cuatro meses que esta jóven es tratada con tanta crueldad, y no veo otro remedio que la muerte: cada vez que se intenta reducir á razon aquellos tigres, rugen más fuerte y pegan con mayor furor.

¡Si hubiera jueces en China! pero se trata de una mujer: ¿qué es eso? Su padre denunció semejantes atrocidades; y ¿sabeis qué le hizo contestar el mandarin?

—Si no se trata más que de religion, que la abandone y obedezca á su marido; esto es, que apostate ó se deje matar.

Tal es la condicion comun de una mujer cristiana ante un juez pagano.

Y esto no es un hecho aislado, pues pudiera citar muchos del mismo género. La mujer no es más que una esclava bajo la dominación de un amo cruel y absoluto. ¡Así es el paganismo! Compárese, pues, esos usos bárbaros con las costumbres cristianas, y se verá de qué lado es el yugo más ligero.

No se crea que las mujeres sean las únicas infelices: abordemos algunos tipos, muy comunes en China, que parecen salidos del infierno: el jugador, el mendigo y el ladrón, que forman uno solo con mucha frecuencia, y podrá juzgar cualquiera.

Estos seres degradados, cuyo número es incalculable, pululan como asquerosos reptiles en el fango del paganismo.

En cada pueblo se encuentran chozas más ó menos destartadas: las paredes de tierra dan paso á la luz, por el techo cuela la lluvia lo mismo que el sol, y está suprimida la puerta, reemplazándola los mejor acomodados con un trapo que el viento atraviesa sin agitarlo, tantas y tales son sus aberturas: un poco de tierra más elevada sirve de cama, de mesa y de sillas; no hay más mobiliario en toda la vivienda: en ella se ven algunos niños desnudos, una mujer escuálida, verdadero esqueleto, que recoge cuantos andrajos puede para cubrirse, un vaso de tierra por vajilla, y un caldero rajado, pues á ser bueno, há tiempo lo hubiera vendido el amo para darse el lujo de jugar una vez más.

Cuando este padre de familia vuelve á su morada, lo que sucede muy de tarde en tarde y cuando no encuentra fuera con que continuar su tráfico de juego, ó cree que su infeliz mujer guarda algun dinero, acude entonces

con la misma prisa que la fiera al olor de la presa, y empieza por maldecir á la mujer y á los hijos.

—¡Dame de comer! grita.

—No hay nada.

—¡Cómo nada! algo encontraremos.

Y cogiendo un palo sacude á su mujer é hijos, registra por todas partes con la sagacidad de un agente de policía. Ningun agujero le escapa, y concluye por descubrir una suma enorme, unos 50 céntimos.

—¡Hé aquí, exclama enfurecido, cómo me engañais!

Y tomando de nuevo el palo los azota de lo lindo. Cuando todo lo ha reunido, vuelve á sus amigos, para repetir la innoble escena así que sospecha que hay algunos sapeques enterrados.

Si nada encuentra, y su desdichada mujer ha podido comprar con que cubrir sus miembros rígidos por el frío del invierno, le arranca los vestidos y va á venderlos para jugar de nuevo.

El último recurso del perezoso, como del jugador, pues los dos no forman más que uno, es de hacerse ladrón; pero para eso se requiere destreza, atrevimiento y valor para exponerse á ser molido á golpes, bajo el poder de los mandarines, que no usan indulgencia.

Resta aún tomar el palo del mendigo, la escudilla de tierra, envolverse el cuerpo con una estera de paja y ceñirse la cintura con un resto de cuerda. En ciertos países el vestido es aún más sencillo. En semejante tren un hombre con mucha frecuencia en la fuerza de la edad, va de puerta en puerta arrastrando su miseria: con el palo aparta los perros, que muerden generalmente sin piedad á esos bribones: se le ve ora llorando y lamentándose, ora cantando ó tocando las castañuelas hasta aburrir á los vecinos, que para librarse de él le echan un mal sapeque (medio céntimo).

Diréis que esto es cruel, y que valiera más darle una buena limosna para que se reuniera con su familia. Pero ¿cuál sería el efecto de vuestra compasión? Si le dais para sí y su familia, corre al instante á jugar vuestra limosna, y se rie y vanagloria de haberos engañado: vuelve de nuevo; le reñís, y le dais esta vez un vestido: os da las gracias, y el mismo día lo vende para poder jugar: luego viene á vuestra puerta con buenas palabras; y si le despedís, os maldice y amenaza pegar fuego á vuestra casa; si le dais menos que la primera vez, arroja con desden la limosna á vuestros pies.

No queda otro remedio que plantarlo á la puerta. Muy bien, pero si rehusa partir, y se cuelga á vuestra puerta ó al árbol de vuestro jardín ó échase en el pozo para arruinaros, ¿qué hacer? Los que no se atreven á arrostrar el porvenir le dan buenas palabras, otra regular limosna y procuran desembarazarse de él. Los otros toman un palo, le golpean á veces hasta romperle un miembro, y despues lo echan á la vía pública como un perro al muladar. Si se atreve á acusaros será azotado, pero no será raro que tengais que soltar una fuerte suma para salir del paso. ¿Sabeis cuál es el fin de estos seres degradados? Venden sus mujeres é hijos, juegan hasta su último vestido, y cuando nada más pueden procurarse se juegan á sí mismos, despues de lo cual se les deja morir de hambre: cuando están á punto de exhalar el último suspiro, el dueño de los juegos ayudado de sus amigos le arrastran á un campo vecino, donde son á veces aún en vida presa de los animales carnívoros.

Tal es el paganismo con sus bellezas.

Pero, diréis, ¿esto será el paganismo descamisado! Ciertamente, y no falta el paganismo cortés, bien vestido y alimentado, que parece un hermoso sepulcro; mas en este sepulcro, por adornado que esté, nunca hallaréis otra cosa que podredumbre, corrupción cubierta, si quereis, con seda y oro, pero aún más fétida á los ojos de Dios.

Basta ya de esa degradación que engendra y nutre el infierno; apartemos la vista de este pretendido paraíso que ciertos pueblos parece envidian á los paganos, y volvamos nuestras miradas á algun espectáculo más consolador.

Los desiertos tienen sus oasis, y á veces cógense bellas flores entre las más áridas peñas.

Tomaré de varios misioneros los diversos hechos que voy á referir. Cada uno tiene su gavilla de buen grano, y complácese en ponerlo en el granero comun para hacer partícipes á los bienhechores de Europa.

Ved ahí una bella rosa que he cogido con gusto para ofrecérsela. En nuestros pueblos se hallan mezcladas las familias cristianas y las paganas, éstas por lo comun más numerosas, tan cierto es que siempre son los menos los que siguen el camino del cielo.

Una familia, pues, muy pagana, vive cerca de la capilla cristiana, y se ve obligada á oír como se exalta al Señor y se repiten sus alabanzas. Entre los hijos de esta familia, bastante acomodada, cuéntase una niña de nueve á diez años: está unida con lazos de amistad con las niñas cristianas de la misma edad, comparte sus juegos, oye sus conversaciones y las instrucciones del misionero, que repite, mezclando las oraciones en forma de recreación: la paganita aprende así poco á poco las oraciones y el catecismo, y acaba por hacerse aceptar en las reuniones cristianas; ora, y solicitándola la gracia, quisiera que se le diese el bautismo. Dice y repite á su madre que quiere ser cristiana, y ésta la riñe; mas continúa pidiendo con llanto á su madre que le permita amar á Dios: cuando ésta se entrega á supersticiones para honrar á los ídolos, la niña con sus voces y lágrimas procura impedirle: sabe que los días de abstinencia los cristianos no comen carne, y se abstiene de ella; nunca se equivoca de día, porque se asegura por medio de sus compañeritas. ¡Quién no admirará el misterio de la gracia en tan tierna edad!

Y ¿por qué no bautizarla? diréis. Porque es preciso, antes de hacerlo, asegurarse de que la niña podrá conservar su fe, y conviene ponerla á prueba para juzgar de su virtud infantil.

Su abuela, entregada en cuerpo y alma al culto de los ídolos, no quiere oír hablar de que su nieta se haga cristiana, y esta sola palabra excita su furor. Sin embargo, nuestra catecumenita no se deja intimidar: no la asustan las amenazas, ni las caricias le rinden el corazón.

Cuando el misionero llega al pueblo, corre también á saludarle y no falta á la misa: si es en invierno y se celebra antes de clarear el día, mientras sus padres duermen se levanta, sube á la pared que la separa de la capilla, y así que ve que llegan los cristianos, traspone el muro de separación, y vedla en la capilla, alegre y satisfecha. Su madre la riñe, pero como tiene buen corazón, al ver llorar á su hijita enjuga sus lágrimas y la deja tranquila.

Otra prueba la esperaba que hubiera podido dar al traste con sus buenos designios: se quiso desposarla con

un pagano vecino bastante rico; la madre, que es viuda, hubiera consentido en ello; pero Dios tiene recursos y ama con predilección á los niños: inspira, pues, á una familia cristiana, más rica que el otro, á pedirle en matrimonio para su hijo: la riqueza es una de las tentaciones más fuertes, y la madre reflexionó. Su abuela, á quien se consultó, dijo irritada:

— ¡Cómo! ¿dar la niña á cristianos? no quiero que vaya más á su capilla.

Al oír la niña esta orden, llora y suplica, pero en vano: entonces recurre á un expediente bastante comun entre las jóvenes y que acaba por conmover el corazón de la madre: cuando la llamaron á las horas de comer, contestó:

— No tomaré nada.

— Pues bien, no comas, dijo la vieja supersticiosa: veremos cuánto durará tu fiereza.

Pasa un día, y la niña nada come; el segundo día rehusa también todo alimento: la madre se alarma, y representa á la abuela que no se ha de dejar morir á su hija de hambre: la vieja se ve obligada á ceder; la niña alcanza victoria; se le da permiso para volver á la capilla, y al instante toma alimento.

Trátase el negocio de los esponsales; el contrato es escrito: en China este contrato es tan indisoluble como el matrimonio.

El misionero no tiene entonces razón para rehusarle el bautismo que le pide todos los días, y la feliz niña recibe gozosa esta gracia que la introduce en la asamblea de los hijos de Dios. Durante la ceremonia las lágrimas corren brillantes como perlas por sus mejillas: la jovencita rebosa de dicha, y recibe el nombre de María: vedla ya feliz: sin duda alguna los Ángeles se regocijan también por esa conquista sobre el demonio...

Voy ahora á ofreceros otras flores, que serán esta vez flores de la pasión.

Véase lo que me escribía hace pocos días el reverendo Waelen:

«El año último expuse á V. I. el estado del misionero en estos parajes, y demostré que no se come en estas montañas pan blanco todos los días: á cada paso vienen nuevas cruces á repetirnos sin cesar esta sentencia que se olvida á veces: «Recuerda que este mundo es un valle de lágrimas; levanta tus ojos á lo alto, y que tu conversacion esté en el cielo si quieres gustar la dicha.»

«Y sin embargo, todas las miserias del cuerpo son mucho más soportables al misionero que la pena que experimenta sin cesar su corazón al contemplar el lastimoso estado de estos pobres montañeses. ¡Dios mío, qué pobreza! no comprendo cómo puede vivir tanta gente: nada poseen y nada comen: no puede darse el nombre de pan á una galleta en todo semejante á tierra cocida, ni á una especie de papillas compuestas de no sé qué hojas de árboles ó hierbas cocidas con agua sin el menor sazonamiento. A pesar de este alimento, trabajan como esclavos condenados á las minas.

«Cierta día á la hora de comer entra en mi aposento un niño de cuatro años y fija su vista en algunos panecillos cocidos al vapor; sus miradas me parten el corazón: comprendiendo el lenguaje del hambre, le doy un panecillo, que devora con las miradas, las manos y sobre todo con los dientes, y luego sale. A poco vuelve con una mujer, cuyo rostro pálido y descarnado revela el sufrimiento, y que lleva en brazos un niño de pecho.

«—Padre, me dice ésta, perdonad el atrevimiento de mi hijo; como es tan pequeño no comprende que ha hecho mal, y además nunca ha visto pan en casa.

«Diciendo esto se le escapan algunas lágrimas que se esfuerza para ocultar. ¡Pobre niño! ¡pobre madre! le dirijo algunas palabras de consuelo, y le doy una módica limosna.

«¡Cuántas familias están en el mismo estado! No hay que hablar del vestido y habitación de estos infelices. Muchos no tienen para cubrirse sino andrajos tan miserables, que irían casi tan modestamente vestidos aún cuando no los llevaran.

«Respecto á habitación, he visto entre mis cristianos quienes se albergan en casuchones arruinados que en nada se parecen á una habitación humana: fuí á visitar á uno de esos infelices, y penetré en una cabaña tan baja que tuve que inclinarme: la puerta está formada con cachos de paja unidos; en el interior hay la imagen de Nuestro Señor colgada en una pared de tierra: algunos ladrillos sobrepuestos forman la cama; un banco grosero medio roto, una marmita establecida entre dos piedras, á eso se reduce todo el menaje. Una persona apenas puede moverse libremente en ese reducto, y sin embargo, lo habita una familia de cuatro individuos.

«¿Queréis penetrar en otra casa más cómoda? Es un cobertizo apoyado contra un muro de tierra cubierto con un poco de paja y barro, sostenido con algunos palos y abierto en toda su parte anterior: allí hallaréis en confusión algunos puñados de hierbas secas, que sirven de combustible; restos de vasijas rotas, es la vajilla; más allá un montón de trapos, con que se abriga por la noche toda la familia: ¿qué más? nada absolutamente, y los habitantes son siete personas, más algunas gallinas, un perro y un cerdo.

«¡Juzgad de la limpieza! A ese espectáculo de cada día uno exclama: ¡Dios mío! ¿qué he hecho para estar yo tan bien tratado? ¿Cómo me atrevería á quejarme? ¡Oh, cuántos infelices hay en este mundo! Pase aún por los cuerpos; pero la pobre alma, ¡ah! ¡cuán poco piensan en ella ocupados como están en no morir de hambre!

«Así se ve con harta frecuencia, obligados por la miseria, los padres vender á sus hijos y los maridos sus mujeres, ó bien no pudiendo soportar los lamentos y reproches de madre y niños, el padre toma la fuga y los deja abandonados. Si la madre se desespera, corre al primer pozo que encuentra y se precipita en él; pero, diréis, ¿por qué no recurre á la piedad pública? ¿por qué no pide limosna? ¿Creeis que no lo hace? pero ¿qué recibe? lo que se da en pasto á los animales inmundos. Si no se levanta hasta Dios, llama la muerte ó la infamia. Muchas de esas infelices paganas con gusto se harían cristianas, pero ¿cómo atraerlas sin darles los socorros más urgentes? ¿y cómo darles limosnas que no tenemos?

«He de limitarme á socorrer á los cristianos, lo que tengo que hacer tan microscópicamente, que se me gratifica con un epíteto poco noble que adivinais fácilmente. El año último lo fué de verdadera hambre para algunos pueblos, pues perdieron absolutamente las cosechas. Con ellos tuve consejo con objeto de adoptar las medidas necesarias para no morir de hambre, y resolvimos que los hombres capaces de trabajar irían á ganarse la vida en donde pudiesen, y los viejos, mujeres y niños quedarían á nuestro cargo: unos quince niños y niñas recibieron en la residencia la instrucción y el alimento, y distribuí á los demás cuatrocientas pesetas,

suma enorme para mí y que me habíais enviado á más de la destinada á los gastos ordinarios.

«Paréceme que no tengo el corazón muy duro, y no obstante vime obligado á despedir, sin darles nada, á muchos infelices que venían llorosos á conjurarme les ayudase siquiera fuese con cien sapeques, esto es, cincuenta céntimos. Imposible socorrerles, pues hasta he tenido que despedir á los catequistas, y de diez y ocho reducirlos á cinco, y á pesar de tales reducciones, sus tracciones y rudezas, ya excede mi presupuesto de otras cuatrocientas pesetas. Suplico á V. S. que no me riña demasiado: bastante pena tengo con haber tenido que deshacerme de mis catequistas, que os aseguro no son inútiles, como lo vais á ver por la siguiente historietita.

«Una de las maestras que instruyen á las mayores y á las pequeñas, hacia á las niñas cristianas una allocucion sobre los suplicios del infierno, y entre los oyentes se hallaba una niña de once á doce años, que habia seguido á sus compañeras, anhelosa de ver y oír.

«La maestra decia, pues, que el infierno es un lugar horroroso donde se quema siempre y que está lleno de diablos feos y malvados; que si no oraban bien y no amaban á Dios, caerían todas en él como los paganos. Al oír esto, la niña pagana dijo á la maestra:

«—¿Y yo también caeré en el infierno si no me hago cristiana?

«—Sí, ciertamente.

«La niña al volver á su casa terminada la instrucción, dijo á su madre:

«—Mamá, hagámonos cristianas, porque si no caeremos en el infierno, donde hay diablos malos y fuego que arde siempre.

«Su madre no le hace caso.

«—Quiero ser cristiana, repite la niña llorando, y de ningún modo ir al infierno.

«—¡Quítate de ahí! ¡ya me cargas con tu infierno!

«La niña persiste aún, y llora incesantemente: quiere ser cristiana, ó se empeñará en no comer.

«Cuando sus padres ven que no come, la riñen, la llaman obstinada y amenazan pegarle, y á todo decia sencillamente:

«—Quiero ser cristiana y no ir al infierno.

«Vencidos los padres, prometen hacerse todos cristianos: al momento corre la niña á dar la buena noticia á la maestra, la que va á asegurarse de la verdad, y empieza á instruir á toda la familia. Al llegar yo al pueblo me refieren lo acontecido y me aseguran que la familia ha hecho trizas las imágenes del diablo, pero que les queda un ídolo al que no se atreven á tocar por temor de irritar al espíritu contra ellos. Voy á su casa, tomo al diablo y lo hago pedazos y huella con los pies, y luego pongo en su lugar la imagen de Nuestro Señor y un crucifijo.

«Me quedan aún trescientos cincuenta y ocho catecúmenos, y he bautizado noventa y tres adultos: espero, I. Sr., que me daréis el año siguiente un poco más de dinero á fin de que pueda restablecer mis catequistas, pues de otra suerte mis cristiandades no pueden ir en aumento.

«Me dais, y lo sé, todo lo que recibís; pero pedid más, I. Sr., pedid más, y Dios, si lo juzga útil para su gloria, tocará los corazones generosos, y podré aumentar mis catequistas, entregar algunas limosnas á estos pobres montañeses, y daré las gracias con todo mi corazón y oraremos por los bienhechores.»

Abandonemos la montaña y recorramos la llanura. Dos obras sobre todo nos han interesado este año, la de los catecúmenos y de las escuelas, obras muy difíciles en China, y para las que es preciso aprovechar las ocasiones: preséntanse los indígenas á vuestra puerta, y no aguardan mucho tiempo: llaman, les abris, entran, y están á vuestra disposición: os encontráis con dificultades, por falta de local para albergarles ó vestido para cubrirles, pues no son ricos, y os abandonan para no volver más y seguir el primer camino que se presenta, que no es el mejor.

Este año muchos paganos y paganas pidieron hacerse cristianos, se les abrieron las puertas, y durante seis meses se han recibido y alimentado ciento treinta personas, entre nuestra residencia y el huerfanato; no vienen todos con la única intencion de ver á Jesús; pero ¿cómo pedir á infelices paganos la pura intencion de ir directamente á Dios á quien no conocen? Con el alimento del cuerpo entra el del alma; poco á poco se conoce quiénes son los que no buscan á Dios y se les despide. Pero hay buenos frutos, voy á recoger algunos y ofrecéroslos.

Comunmente Dios por sí solo empieza la obra: el hombre no es más que un simple instrumento de quien se sirve cómo y cuándo quiere. Una vieja pagana, á quien sus compatriotas daban el título de venerable señora porque se mostraba asidua en los ayunos y peregrinaciones, y hacia largas súplicas á los demonios, habia oído hacer el elogio de la religion cristiana. En sus invocaciones á todas sus deidades, que duraban muchas horas al día, añadía una al Dios de los cristianos, suplicándole la mirase con piedad, y luego como para hacersele favorable quemaba incienso á sus ídolos. ¡Desdichado espíritu humano cuando está abandonado á sí mismo! verdad y mentira, todo se mezcla y confunde. Mas el Dios de misericordia, que se compadece de los sencillos y pecadores, quiso atender sus oraciones. Cierta día que volvía de una peregrinacion á una montaña, á donde fué á pedir la lluvia, le vino el pensamiento de entrar en un pueblo donde conocía algunos cristianos. Dirigióse al catequista, y le preguntó:

—Te suplico que me digas, pues debes saberlo, qué religion es la mejor, la de los cristianos ó la de los espíritus que veneramos.

El catequista, sujeto bastante instruido, le demuestra la falsedad del paganismo, le expone las verdades de la fe, y le dice en conclusion:

—Por más que ayunes y ores y quemes incienso en las montañas, caerás indudablemente en el infierno donde permanecerás eternamente si no abrazas la religion cristiana.

—¡Arder en el infierno! repite.

Luego sigue preguntando, y favorecida por la gracia, declara que se hará cristiana. Los individuos de su secta no comen ciertas legumbres ni beben té: el catequista para probarla, le dijo:

—Si verdaderamente quieres abrazar la religion, come de esas legumbres.

Esto era renunciar á sus ídolos y volverles la espalda: comió de lo que le presentaban, y cosa asombrosa, la pobre anciana, afligida de un reumatismo, quedó al momento curada. El día siguiente entregó sus ídolos y pidió una imagen de Nuestro Señor.

Desde su conversion, las vecinas no quieren trato con ella.

—¡Cómo! le dicen, tú que estabas á nuestro frente y que eras mucho más fervorosa que nosotras, reniegas de los espíritus y abrazas la religion de los extranjeros: ¡vete, perversa, que los espíritus te estrangulen!

A pesar de todas las maldiciones, continúa firme, y es de creer que su conversion será sólida: su capacidad médica hará de ella indudablemente una inapreciable bautizadora.

Sucede con frecuencia que los paganos oyen vagamente hablar de la religion: se les brinda á que estudien en los catecumenados abiertos en nuestras residencias; muchos aceptan, pues se les da alimento, que bien lo ganan; pues todo el día aquellas infelices gentes, hombres y mujeres, están ocupadas en aprender de memoria las oraciones de la mañana y de la noche; se les repiten hasta la saciedad todas las verdades necesarias para recibir el bautismo, y en tres ó cuatro meses saben bastante bien lo preciso para recibir este primer sacramento: todos los catecúmenos de uno ú otro sexo que no tienen impedimento y que están bien dispuestos son admitidos y conviértense en hijos de Dios. A veces se les instruye asimismo para la primera Comunión: los que conviene que pasen por otras pruebas vuelven á su casa, el misionero les vigila, y cuando lo juzga prudente los bautiza.

Una buena anciana viuda pasó dos meses en el catecumenado, y de regreso á su casa empezó á predicar á sus vecinas, refiriendo todo lo edificante que habia visto, como se le cuidaba bien, y la dulzura y paciencia con que se la instruía: por sus palabras cuatro ancianos enfermos creyeron y fueron bautizados poco antes de morir. Otros paganos, conmovidos por tales ejemplos, pidieron ser cristianos.

Tres jóvenes que habian permanecido tres meses en las mismas escuelas, de regreso entre los suyos refirieron sus impresiones, y al oírles, más de cuarenta personas se declararon cristianas.

Este año un infeliz ciego, que vivía solo en medio de los paganos, pidió y recibió los últimos Sacramentos. Luego el misionero preguntóle:

—¿Cuántos años há que eres cristiano?

—¡Ay, Padre, muy pocos, y eso que tengo más de sesenta.

—¿Cómo pudiste ser cristiano estando solo en medio de los paganos?

—Me avergüenzo de declararos mi cobardía. Cuando tenía veinte años corrí tierras como muchos vagabundos de mi edad, fuí hasta Pekin, y entré por curiosidad en una iglesia cristiana, la iglesia meridional de Nan-Tang, y en ella oí predicar acerca la necesidad de los diez mandamientos para salvar el alma. Me hice explicar lo que es un alma y los diez mandamientos, y me dije á mí mismo: Eso es verdadero y bueno, y conviene hacerte cristiano ó serás infeliz por toda la eternidad; mas la pereza, las dificultades y sobre todo la mala voluntad me detenían constantemente, y sólo á la edad de cincuenta años empecé seriamente á aprender el catecismo y pedí el bautismo. El Señor me ha oído; ¡oh Padre! orad para que tenga misericordia de mí, que toda mi vida no he hecho sino ofender á Dios.

Véase como un grano echado por casualidad en una tierra inculta puede, con la ayuda de Dios, llevar su fruto aún despues de muchos años.

Creeréis sin duda que es fácil instruir catecúmenos, y cuando leéis la vida de los Javier, de los Francisco de

Sales y de otros Santos del mismo género, creeréis que basta dirigirles algunas instrucciones, para que al instante estén dispuestos á recibir el bautismo.

Los Santos, ayudados por la gracia, que es una hábil obrera cuando Dios lo quiere, trabajaban con prontitud y formaban en pocos dias cristianos perfectos; pero no sucede así en las vías ordinarias. Los chinos tienen buena memoria y retienen con facilidad lo que se les enseña; pero es el corazon especialmente quien debe aprender y convertirse; aquí está todo el trabajo, y este no es el del hombre. Sin embargo, Dios parece que á menudo une la gracia á la abnegacion del instrumento por miserable que sea. Las mujeres, como en todas partes, son más dóciles y su corazon es más religioso, sin duda porque están menos distraídas en los negocios y la religion es para ellas un apoyo, una proteccion y un consuelo, especialmente para las infelices chinas, que á los ojos de los hombres no son más que instrumentos, máquinas, esclavos al servicio de sus dueños.

Hora es ya de cerrar la presente y hablar de nuestras escuelas. No podeis imaginaros cuán difícil es, por lo menos en este país, mover los niños á estudiar: esos rapazuelos se mueren por correr y solazarse, y los padres, triste es decirlo, se convierten á menudo en dóciles servidores de sus hijos: son tesoros á los que no se atreven á tocar y cuyos caprichos se permiten: la madre se guardaría de reñir á su hijo, pues éste iria á quejarse con el padre, que se pondría de su parte: el niño crece sin educacion, sin gusto para el trabajo, y se hace insoportable á sus padres, que no escarmientan en cabeza ajena.

Nuestras clases, sin embargo, han sido este año más concurridas que nunca, gracias primero á la voluntad de Dios y luego al celo de los misioneros.

Una palabra acerca la *Santa Infancia* y la *Obra* de las Misiones. Los niños aumentan sin cesar, y cuanto más crece su número, otro tanto debieran ensancharse las trojes y marmitas, y conviene buscar medio de multiplicar el dinero, pues el grano hay que comprarlo. Somos hijos de Dios, y puesto que quiere darnos el cielo con todas sus riquezas eternas, no nos rehusará, lo ha prometido, el alimento del cuerpo, que no es más que un poco de barro.

Mil niños para mantener cada dia, hé ahí una bonita familia, que es muy bien la de san Vicente de Paul, puesto que son infelices abandonados.

¿Qué decir de estotra familia, mucho más numerosa, y también mucho más feliz, de los que apenas han abierto los ojos á la luz y nunca han comprendido las miserias de este mundo, de todos esos paganitos que no viven sino el tiempo necesario para ser hijos de Dios é ir á rodear su trono y recrearse á sus piés con las rosas de la caridad y las coronas que ciñen su frente?

Tenemos la dicha de que esta obra excita el celo y el ardor de nuestros cristianos y sobre todo de nuestras cristianas. Todos saben bautizar, todos buscan ocasion de hacerlo, y ciertamente no sin feliz éxito: este año el número de niños bautizados excede de veinte y cuatro mil.

Casi no hay pueblo que no cuente muchas bautizadoras: cada una dice: «Soy una pobre pecadora, y conviene que rescate mis pecados: si bautizo niños, ellos rogarán por mí y quizá obtendré misericordia.»

No tiene menos fruto la *Obra* de las Misiones. Es este un trabajo más ignorado, humilde y con frecuen-

cia árduo, pero que no deja de dar frutos. El celo de los misioneros crece cada año con las obras: á la predicacion de cada dia se añade una explicacion del catecismo: diferentes Asociaciones, una de san José para los hombres, otra de santa Ana para las mujeres, y una tercera de Hijas de María para las jóvenes, ocupan y aún agobian al misionero: la naturaleza sucumbe á veces á la fatiga, y se necesita el espectáculo de Jesucristo en la cruz para reanimar el valor. El campesino trazando los surcos que riega con sus sudores, ó segando la miés que va á encerrar en sus paneras, siente también fatiga, bien que la vista de las espigas llenas regocija su corazon; así el misionero, siempre ocupado, ora en sembrar la palabra de Dios, ora en desarraigar las malas hierbas en el tribunal de la Penitencia, gasta las fuerzas del cuerpo y regocija su corazon, trabaja por Dios, tiene ya el céntuplo en este mundo con las persecuciones y tribulaciones, recompensa que sólo es capaz de comprender un corazon abrasado de caridad, y en fin una eternidad de dicha para descansar en Dios, único y verdadero reposo.

Hemos tenido ejercicios espirituales, aunque pocos, pues nos ha faltado el tiempo: los han hecho 81 hombres y 218 mujeres: á la primera ocasion nos desquitarémos, pues por todas partes se nos piden estos piadosos ejercicios: la miés está en sazon, y sólo espera los obreros.

Hé ahí nuestra cosecha anual, que procurarémos aumentar todo lo posible. Tenemos que recorrer aún mucho camino para llegar á la cumbre del Horeb, monte de la perfeccion, pero con el celeste auxilio arrostrarémos las dificultades de las persecuciones y del trabajo.

Los frutos espirituales del Tche-ly occidental durante un año han sido los siguientes:

Católicos, 22,618. Bautismos de adultos, 496; de niños de fieles, 1,097; de niños de infieles, 24,846. Catecúmenos, 2,042. Confesiones: anuales, 15,504; de devocion, 20,385. Confirmaciones, 1,102. Matrimonios, 151. Extremaunciones, 292. Capillas, 124. Oratorios, 162. Escuelas de niños, 670; de niñas, 221. Ejercicios espirituales de hombres, 81; de mujeres, 158. Discípulos del seminario interno, 6; del externo, 12. Misioneros europeos, 11; indígenas, 12.

Santa Infancia.—Huerfanatos, 3. Huérfanos, 21. Huérfanas, 280. Niños en las nodrizas, 755; en las familias, 192.

CRÓNICA.

Roma.—Su Ema. el cardenal Simeoni, prefecto de la Propaganda, ha dirigido á todos los vicarios apostólicos y jefes de Misiones la Encíclica de Su Santidad el papa Leon XIII acerca el Rosario. El Padre Santo recomienda en ella se celebre el presente año esta fiesta con devocion particular y que se rece el Rosario cada dia del mes de Octubre en todas las parroquias.

—Un periódico romano publica los siguientes datos respecto á los trabajos de la Propaganda durante el presente año:

«A pesar de las dificultades en que se encuentra, la sagrada Congregacion de Propaganda no ha dejado de subvenir á las urgentes necesidades de las innumerables Misiones extendidas por toda la tierra.

«Su vasto imperio, en el que nunca se pone el sol, presenta cada día los más variados acontecimientos, y al mismo tiempo felices ocasiones de aumentar el reino de Jesucristo y el de la verdadera civilización. La obra de sus misioneros desarrolla cada día su acción. Merced al trabajo de estos hombres admirables, se forman nuevos distritos, escuelas, colegios y huérfanos; pero hay que atender á los gastos de tantas fundaciones.

«Véase sumariamente lo que ha hecho la Propaganda para subvenir á las necesidades más urgentes de las Misiones:

«Además de los socorros enviados al Egipto y al Africa central, este año ha enviado 20,000 pesetas á la Misión de Oceanía, arruinada por un ciclón; 10,000 á la de Mangalore, en la India; 10,000 á la de Colombo, en Ceylan; 10,000 á la del río Zambese (Africa ecuatorial); 1,000 á la de Honduras, en América; 6,000 á la de Constantinopla; 25,000 á la de Salónica, y 4,000 á la de Siria.

«Pero todo esto es muy poca cosa habida consideración á las necesidades apremiantes. Un desastre horrible ha devastado parte de las Misiones de Batavia. La guerra arruina las del Tong-king y de la China meridional. Las Misiones de Africa están todas en camino de maravilloso desarrollo, y los medios para ayudar á los predicadores del Evangelio faltan en gran parte.»

—El Ilmo. Jaime Thomas, delegado apostólico de Persia, ha llegado á Roma y ha celebrado una larga conferencia con S. Ema. el cardenal Simeoni. Su Santidad el papa Leon XIII le ha recibido en audiencia particular. El digno sucesor del Ilmo. Cluzel está á punto de partir para su Misión.

—Mons. Fongerais, director general de la *Santa Infancia*, ha tenido la honra de ser recibido por el Padre Santo, habiendo oído de labios de Su Santidad las siguientes palabras:

«Yo bendigo de todo corazón la Obra de la Santa Infancia, á sus directores que tanto se afanan por extender el reino de Nuestro Señor Jesucristo, á todos los miembros de vuestra Sociedad y particularmente á los queridos niños que con sus oraciones y limosnas abren las puertas del cielo á tantos niños infieles. *Yo quisiera que todos los niños del mundo católico se asociasen á la hermosa Obra de la Santa Infancia.*»

Su Santidad ha concedido muchas gracias espirituales á los miembros de esta Asociación.

Escocia.—Nos escriben de este antiguo reino:

«Nuestro país no está aún en vísperas de dar al Catolicismo conversiones en masa: sin embargo, los retornos aislados son mucho menos raros de lo que se cree generalmente. En Glasgow, por ejemplo, sobre todo en la época de las Misiones parroquiales, los Franciscanos y Pasionistas tienen el consuelo de volver al redil á buen número de obreros: la clase instruida y rica se dirige con preferencia á los Padres Jesuitas, que sirven la iglesia y tienen el colegio de San Luis de Gonzaga. Los misioneros irlandeses obtienen también resultados muy consoladores en las otras ciudades de provincia. En una de ellas, en Kilmarnak, un joven sacerdote, recientemente salido del seminario, ha tenido el consuelo de volver á la verdadera fe veinte y cinco protestantes en menos de treinta días. El mismo éxito viene de vez en cuando á recompensar el celo y abnegación de nuestros misioneros en otras ciudades de Escocia.

«Paulatinamente van desapareciendo las prevenciones contra la Iglesia romana. La comunidad católica, secundada por el señor Marqués de Bute, levanta iglesias por todas partes. Puede decirse que, excepto en algunos puntos, la cosecha empieza á madurar. La *Obra de la propagación de la fe* apresurará un feliz resultado con sus limosnas y sobre todo con sus oraciones. Tales la esperanza de todos los que aman la Escocia y buscan el reino de Dios.»

Turquía.—De una carta de Constantinopla fechada el 30 de agosto último tomamos lo siguiente:

«La comunidad armenio-gregoriana está de nuevo en estado de efervescencia. El patriarca Nerses, que más de una vez había presentado su dimisión y la había retirado, se ha creído en el deber de reiterarla.

«Varios hechos prepararon un rompimiento, que tuvo lugar por fin el 17 de agosto con ocasión de la Asamblea general. La oposición, conociendo el carácter irascible del patriarca, procuró excitar su amor propio con palabras más ó menos fuertes, y logró su objeto. El Sr. Nerses perdió la paciencia, y en un arrebato que nada puede justificar, apostrofó á los miembros de la oposición con un lenguaje poco conveniente en boca de un patriarca ni siquiera de una persona bien educada.

«Entonces desencadenóse una tempestad en el seno de la Asamblea; cambiáronse de una y otra parte dichos injuriosos, y el Sr. Nerses se vió obligado á salir del local de la reunión, declarando que abandonaba la silla patriarcal. En efecto, se dirigió al patriarcado, y después de poner en orden sus papeles personales retiróse á su casa. El Sultán no ha aceptado esta dimisión, y por orden imperial aquel señor debe continuar rigiendo el patriarcado. Lejos, pues, de disminuir, la disensión aumentará cada vez más en la comunidad.

Algunos años há el patriarcado armenio-gregoriano y el Sr. Nerses en particular aprovecharon las turbulencias que desolaban la comunidad católica, para desacreditarnos y hacernos sospechosos ante la Sublime Puerta.

Cuando Hussein Avni-bajá, de triste memoria, nos perseguía calificándonos de *hassunistas* rebeldes, los armenio-gregorianos se esforzaban por hacer nuestra posición más difícil y embarazosa: dos de sus miembros más notables firmaron el veredicto por el cual Hussein Avni-bajá, á quien más tarde dió de puñaladas en pleno Consejo de ministros el circasiano Hassan, entregaba al partido neo-cismático, llamado entonces kupelianista, todas las iglesias, conventos y establecimientos piadosos del patriarcado armenio católico.

El mismo Sr. Nerses no cesaba entonces de invitar así á los kupelianistas como á los que permanecían fieles al Ilmo. Hassun, á que abandonasen á Roma y se uniesen al cisma. No vaciló en acoger algunos monjes apóstatas y colmarles de honores, llegando hasta á dar autorización á uno de ellos para que contrajese matrimonio, cosa que no había tenido ejemplo en ninguna iglesia oriental, aún de las no unidas. Recientemente el Sr. Nerses presidió una distribución de premios teniendo á su lado dos monjes apóstatas. Los papeles están ahora invertidos. La Sublime Puerta comprende perfectamente la lealtad de la comunión armenio-católica, y la ha reintegrado en sus derechos é inmunidades, y la considera como la más adicta al Sultán, mientras que el patriarcado armenio-gregoriano es acusado por el Gobier-

no turco y la prensa otomana de abrigar proyectos contra la Turquía. Las turbulencias de Erzerum, el lenguaje más ó menos velado de la prensa armenia y la escena de la última Asamblea general acentúan más y más tales sospechas.

«No es más brillante la situación del patriarcado griego no unido, á quien la prensa otomana considera como órgano del partido más influyente contrario á la nación.

«No se puede pasar en silencio la elección del patriarca griego no unido de Jerusalén, Sr. Nicodemo, arzobispo de Tabor. Este Prelado, que reside en Rusia, es conocido en todas partes por estar afiliado al partido panslavista. Entraba, de consiguiente, en el interés del Gobierno otomano, borrar su nombre de la lista de candidatos, toda vez que tiene derecho para corregirla. Ahora bien, el ministro de Cultos, al mismo tiempo que rechazaba nombres perfectamente inofensivos, mantuvo, cosa extraña, el de Nicodemo. El nuevo patriarca griego de Jerusalén no dejará de causar embarazos á los latinos en los Santos Lugares, y la Sublime Puerta sufrirá también las consecuencias.

«Terminemos con algunas palabras acerca el patriarcado armenio católico. Son á la vez consoladoras y tristes. Por una parte se ven progresos sensibles: cada correo nos da noticias de la construcción de una iglesia ó la apertura de una nueva escuela; y por otra se suceden las calamidades. La ciudad de Hadjin en la diócesis de Adana, está casi completamente destruida: capillas, escuela y casa rectoral armenio-católicas han sido presa de las llamas: toda la población recién convertida está en la calle. En Bitlis, capital de *vilayet* en la Armenia Mayor, el grupo de armenios vueltos al Catolicismo há pocos años, es blanco de toda suerte de asechanzas por parte de los armenios no unidos. Hay necesidad de establecer allí un misionero armenio católico reconocido por las Autoridades locales. Pero falta dinero; la población indígena es muy pobre. En otro tiempo los notables de la capital concedían generosas subvenciones para las necesidades de las diócesis; pero de muchos años á esta parte la depreciación de los fondos turcos ha arruinado á todas esas familias, las que con no poco trabajo pueden subvenir á sus necesidades. Así es que todos los establecimientos armenio-católicos de esta capital están casi enteramente á cargo del patriarcado, cuya situación es cada día más difícil.»

Ceylan.—El *Jaffna Catholic Guardian* del 4 de agosto publica el texto latino y la traducción inglesa de un breve pontificio de fecha 20 de abril, nombrando al ilustrísimo Bonjean vicario apostólico de Colombo. El eminente Prelado se ha despedido de sus fieles de Jaffna y anunciado su próxima llegada á los cristianos de la capital de la isla en dos cartas pastorales de 5 y 6 de agosto. La Misión de Colombo comprenderá en adelante las provincias meridional y occidental de Ceylan. La provincia central, Kandy, erigida en vicariato apostólico distinto, se confía al Ilmo. Pagnani.

Indostan.—El coadjutor electo del vicario apostólico de Pondichery, escribe con fecha de 20 de julio último:

«...Mi vida de misionero ha sido muy agitada y llena de tribulaciones; pero Dios no me ha rehusado sus consuelos y ha bendecido mi ministerio más de lo que me atrevía á esperar. La cosecha es abundante: se han fun-

dado dos grandes distritos, establecido buen número de cristiandades y edificado capillas. El protestantismo, tan atrevido y poderoso aquí diez años atrás, dobla ya la cabeza; los paganos, que nos trataban con tanta altanería, han aprendido á contar con nosotros y á respetar al sacerdote. Muchos de ellos, si no tienen valor para abrazar la fe, aman al misionero tanto como los cristianos.

«Pero, cuando las cosas empezaban á organizarse y me había hecho dueño de la posición, hé aquí que, por circunstancias inexplicables, he sido elegido para coadjutor del Ilmo. Laouenan. He pedido un plazo de seis meses. La época de la consagración adelanta con espantosa rapidez, y tendrá lugar el 9 de setiembre, fiesta del santo Nombre de María. A este propósito el Ilmo. Laouenan me escribía: «Resignaos á ser consagrado, no en «un lugar retirado y solitario, sino solemnemente en la «iglesia grande de Pondichery, en medio de toda la «magnificencia que sea posible reunir.»

«Propóngome ir á aquella ciudad en la segunda mitad de agosto. ¡Cuál será mi sentimiento al despedirme de mi parroquia que tanto amo! Pero, después de todo, esta tristeza es poca cosa comparada con los múltiples cuidados que van á ocuparme...»

—El P. Fernando Herandeau, de la Compañía de Jesús, misionero del Maduré, nos escribe de Tuticorin el 3 de julio de 1883:

«Tuticorin es una gran ciudad de 20,000 habitantes, sentada á orillas del mar, algo arriba del cabo Comorin, frente la isla de Ceylan. Es la primera ciudad evangelizada por san Francisco Javier. Después de tres siglos los descendientes de los neófitos del grande Apóstol, llamados Paravers, han guardado inviolablemente la fe. Bajo la prolongada dominación de los holandeses, han tenido que sufrir muchas intrigas y aún persecuciones.

«¡Ay! de algunos años acá se han introducido aquí nuevos enemigos. Son tan seductoras las tentaciones que los protestantes siembran á cada paso de nuestros cristianos, que únicamente puede preservarles de ellas la especialísima protección de Nuestra Señora de Lourdes. Así, en enero último, esos encarnizados enemigos han inaugurado con mucha ostentación en Tuticorin un magnífico colegio, y dicen en todos tonos á nuestros cristianos:

«—Venid con nosotros: os instruiremos gratuitamente, y os aseguraremos más tarde empleos lucrativos.

«¡Qué lenguaje tan tentador para infelices gentes que no tienen otra perspectiva que llevar una vida penosa, sin esperanza de ver algún día mejorar su suerte! Así los dos misioneros al frente de la cristiandad han dirigido sus miradas á Nuestra Señora de Lourdes, muy amada de los Paravers.

«A cuatro kilómetros de la ciudad, en un terreno arenoso, y en medio de un bosque de palmeras se levanta la modesta iglesia que le está dedicada. Cuatro paredes desnudas y en parte incompletas, de quince metros de largo por cinco ó seis de ancho, forman todo el palacio de María. Apenas caben cien personas en aquel estrecho recinto. Un miserable altar groseramente construido con piedras no labradas, y cuatro viejos frascos de tierra á guisa de candeleros, tales son las magnificencias que rodean una sencilla imagen de Nuestra Señora de Lourdes, hecha en el país y que casi no puede mirarse. Cristianos y misioneros lamentan esto vivamente; pero para ensanchar esos muros y darles proporciones

convenientes, para enriquecer el interior con los adornos necesarios, habria que gastar muchos miles de pesetas que no tenemos.

«Por miserables que sean, esta verdadera gruta de Belen y esta grosera imagen han excitado los furios de los protestantes. Hace tiempo trabajan sigilosamente para hacerse dueños del terreno próximo á nuestro humilde santuario y que á él conduce, y por lo tanto tendríamos que empezar los gastos por la compra de este terreno. Si los protestantes lo poseen un día, no dejarán de suscitarlos mil dificultades. ¡Qué desdicha si por falta de recursos, la santísima Virgen tuviere que retroceder ante el error!»

Marruecos.—Sor María de la Cruz, presidenta de las Hermanas Terciarias Franciscanas de Tánger, escribe con fecha 13 de setiembre último al M. R. P. Ramon Buldú, en Barcelona:

«Mi corazón rebosa de contento al tomar la pluma para comunicarle que tenemos ya una morita de unos siete ú ocho años para catequizarla y disponerla para el Bautismo. Los Padres misioneros de Safi la recogieron y luego la enviaron á los misioneros de esta ciudad, los cuales nos la han entregado para que procuremos hacer de ella una fervorosa cristiana. Mientras no ofrezca ningun inconveniente el conservarla entre nosotras, cuidaremos de ella; pero si por parte de los infieles corriese ella algun peligro ó bien nos impidiese continuar nuestra mision, entonces la mandaríamos á esa, para que nuestras queridas Hermanas cuiden de su educacion.

«Esperamos que esta morenita no será la última que se nos confie, y me fundo en lo que voy á referir. Ayer tarde salimos del colegio para ir á un huerto. Permitted el Señor que saliendo del camino que debíamos seguir fuéramos á parar á un bosque. Sorprendidas quedamos al ver que de unas chozas salian multitud de moras, entre ellas no pocas niñas. Nos miraban con cierta curiosidad y como poseidas de asombro; las niñas no querian acercarse á nosotras; pero al fin, ofreciéndoles dulces se acercaron, y, por medio de una niña, que nos servia de intérprete, conversamos largo rato con ellas. Una madre llevaba colgada de la espalda, en una especie de saco, una hermosa niña; le preguntamos si queria entregárnosla, y nos contestó que no, porque era demasiado pequeña. Aunque está prohibido vender las niñas, las madres lo hacen algunas veces ó las dan. Será, pues, fácil que con el tiempo tengamos que encargarnos de algunas moritas dadas ó compradas, y en caso que esto estorbase nuestra mision, si V. R. nos lo permite las enviaremos aquí para ser educadas por nuestras Hermanas Terciarias en algunos de los colegios fundados y dirigidos por V. R.»

Oran.—El Rdo. P. Catá, misionero de la colonia española en aquellas regiones, ha escrito una carta pintando con sentido acento la situacion de aquella iglesia, por la que debieran hacer algo más de lo que hacen nuestros compatriotas, que tantos hermanos suyos tienen allí sufriendo las penalidades de la emigracion. Para la educacion de los niños y niñas de españoles se han montado allí varios colegios, uno de los cuales van á regentar muy en breve las celosas profesoras Teresianas, recientemente instituidas en Cataluña, y ya pedidas con afán en muchas partes. Pero las necesidades

son grandes, hay que costear viajes, comprar mobiliario, adquirir los utensilios más indispensables para el culto, socorrer á los enfermos, contrarestar con toda clase de armas de propaganda la influencia protestante y la masónica que allí como en todas partes disputa las almas á Jesucristo. En Barcelona hay organizada una junta de socorros para Oran, y es de esperar que aquellos fieles hermanos y compatriotas nuestros recibirán el óbolo de sus favorecedores de España.

MOSÁICO CHINO.

XXIV.

EL SEMBRADOR MECÁNICO (1).



DE treinta ó cuarenta años á esta parte se ha hablado mucho en Europa del *sembrador mecánico*, máquina de tan reciente invencion en vuestros países, y aquí en uso desde tiempo inmemorial. Los chinos nunca imaginarian que pudiese sembrarse de otra suerte. Quedarian no poco sorprendidos y sin duda soltaran la risa á la vista de uno de vuestros agricultores echando á mano en los campos labrados la semilla. Esta es una fatiga inútil que los chinos se han evitado en todos tiempos gracias á su sembrador.

Este se compone de una especie de carreton de poco más de dos metros de largo, muy ligero, desprovisto de rueda, y soportando una caja llena de granos.

Las manijas M M' tienen 1 metro próximamente de altura. Los piés B P B' P' unos 0'40 centímetros, y están perforados en el interior, del punto A á la extremidad P y del punto A' á la extremidad P', estando terminados cada uno por un hierro pequeño de arado destinados á abrir la tierra y á hacer un surco. La barra B B' tiene dos agujeros C C', que comunican con los piés B P B' P' por los tubos C A C' A'.

La caja tiene de 0'35 á 0'40 centímetros de altura, y es doble. La caja grande A B C D E F G tiene una abertura O en la parte inferior de la pared A C E F. La pared E F I H de la caja pequeña K L M N E F I H tiene dos agujeros O' O''. En la abertura O de la caja grande pasa un árbol de hierro T T' bastante pesado, que está suspendido por las dos cuerdas R T R' T'. Esta caja se coloca sobre el carreton de manera que las aberturas O' O'' de la trascaja comuniquen con las aberturas C C' de los dos tubos C A C' A'.

Cuando se quiere sembrar, despues de llenar de granos la caja grande, se abre el agujero O, y se regula la abertura á voluntad por medio de una planchita que se desliza por el interior de la caja y que se aplica sobre la pared A C E F. La caja, representada de perfil, muestra esta planchita S S'. T T' es el árbol de hierro que pasa en la abertura O de la caja y que está suspendida por las cuerdas R T R' T'.

Cuando el sembrador está en marcha el grano pasa de la caja grande á la pequeña por la abertura lateral O. Estando en movimiento la máquina, el árbol de hierro T T' oscila sin cesar, é impide que la abertura O se atrampe. Al llegar el grano á la trascaja cae en las aberturas O' O'', y por ellas en los tubos C A C' A', baja á los piés A P A' P' y se vierte en los surcos, en las ex-

(1) El autor de esta noticia y la que sigue es el P. Courreur, de la Compañía de Jesús, misionero del Pe-tche-ly oriental.

tremidades P P', algo encima del hierro, detrás de los pies.

El sembrador mecánico, aunque muy ligero, es tirado algunas veces por dos bueyes, como lo indica el grabado de la pág. 361. Pero comunmente lo arrastra un solo animal, ó en su defecto dos hombres. Las dos puntas del arado no entran en la tierra sino á corta profundidad. Para enterrar la semilla sirve un rodillo formado de dos ruedas pequeñas de piedra, cuya desviacion es igual á la distancia que separa los surcos trazados por los dientes del sembrador. Cada una de ellas, al pasar, hunde el grano y comprime la tierra.

Se requieren dos hombres para conducir: uno tiene las manijas y agita sin cesar la máquina, á fin de que baje el grano, y el otro marcha al lado del animal y le dirige por la brida para asegurar que el surco sea recto.

CRIBA Y RASTRILLO; ACARREO Y MOLIENDA DEL GRANO.

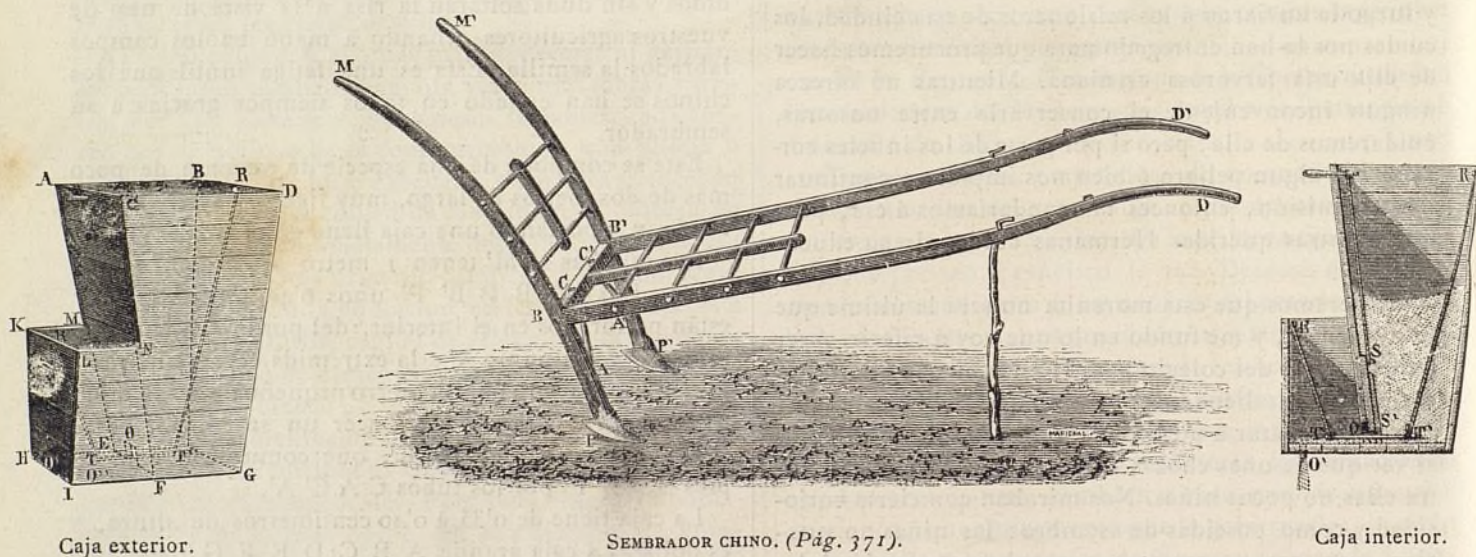
Otro descubrimiento que excitó la admiracion de las poblaciones agrícolas de Europa en el momento en que

se lo dieron á conocer, es la criba grande llamada *sarare*, que sirve aún para cribar el trigo.

Ahora bien, ¿sabeis de dónde os viene este instrumento? Los holandeses lo importaron del Japon á su país, de donde se divulgó en las comarcas vecinas. Pero los mismos japoneses lo habian tomado de la China, donde está universalmente en uso hace quizá miles de años, mientras que únicamente se le conoce en Europa dos siglos há.

En la China no existen en el interior de los pueblos ni eras ni granjas. Apenas hecha la recoleccion extiéndense las gavillas en una era preparada en pleno campo, y se hace pasar encima un cilindro de piedra arrastrado por un buey ó por un asno. Este método, sumamente sencillo, tiene la ventaja de no dejar granos en las espigas. Cierta que la paja queda algo aplastada; pero esto inquieta poco á nuestros agricultores, que cortan la paja con grandes cuchillos, y alimentan con ella á las bestias.

El rastrillo chino, tal como lo he encontrado y estudiado en el Pe-tche-ly, no es más que un zarzo peque-



Caja exterior.

SEMBRADOR CHINO. (Pág. 371).

Caja interior.

El carretoncillo.

ño armado de dientes de hierro de una longitud de dos ó tres pulgadas. Un gran rató, colocado sobre el rastrillo y que por detrás le excede unos 0'30 centímetros, quita y acumula sobre aquél las malas hierbas que ha desarraigado á su paso. Esta máquina está ingeniosamente concebida y funciona bien.

Los agricultores del Pe-tche-ly no tienen graneros; los techos de sus casas son planos en forma de terrados. Cestos grandes de esteras, colocados en el interior de la habitacion, reciben los productos de la cosecha.

A veces tambien dejan en el exterior el grano y la paja, y para abrigo y conservarles, fórmanse con ellos pilas que luego se cubren con buena capa de mortero.

No existen aquí molinos públicos ni molineros con título. Cada chino es su propio molinero, cada casa tiene su molino, formado de dos muelas de 1 metro 30 centímetros de diámetro y girando una sobre otra. Un asno ó un buey pone la máquina en movimiento. La operacion de la molienda exige más tiempo, pero tiene tan buen resultado como en Europa.

Á TRAVÉS DE LA INDIA.

XVI.

LOS FRUTOS DEL MANGALORE (1).

El grabado de la pág. 373 representa dos niños indígenas, de fisonomía ingénua y simpática, verdaderos tipos de los habitantes del Canara, que nos invitan á considerar algunos de los productos de su país: el *targola*, la calabaza, la banana y el coco.

Si la India no tiene, como la Europa, el privilegio de una admirable variedad de frutos, posee por lo menos la ventaja de una produccion poderosa, rápida y no interrumpida. El primer racimo que se ve á izquierda en el grabado no es más que la milésima parte de los frutos que da cada año la palmera. Por lo comun hay unos quince racimos semejantes suspendidos á la vez en lo más alto de este árbol, y cada racimo se compone de treinta á cuarenta granos, rivalizando en su grandor con los meloncitos de Europa. Estos frutos, llamados

(1) Este artículo es del P. Matti, misionero de la Compañía de Jesús.

targola, nacen en la punta del tronco del árbol, donde están defendidos del excesivo ardor del sol por el ramillete de follaje que lo corona.

La palmera alcanza una altura de 20 metros, y se alza majestuosamente como una columna de bronce de dos pies de diámetro.

Ofrece no poco interés ver un indio subir á lo alto de esa columna. No pudiendo abrazarla enteramente, suple la poca longitud de sus brazos con un medio muy sencillo. Ata á sus piernas una cuerda que da la vuelta al tronco, y otra cuyas extremidades tiene con las manos le permite enlazar enteramente el árbol. Así equipado, salta con la agilidad del mono hasta el ramillete de follaje. Allí escoge los frutos maduros, que corta y echa al suelo. Con frecuencia, en el extremo de los brotes recientes practica una ancha incision, á la que aplica una calabaza que se llena, gota á gota, de un precioso líquido. Despues de algunas preparaciones, la savia así recogida fermenta y forma el *toddy*, la bebida favorita de los indios, que recuerda la cidra de Europa. San Francisco Javier se lamenta en sus cartas de que los indios se embriagaban á menudo con este licor y que era difícil curarles de semejante pasión.

El tronco de la palmera ofrece buena madera de construcción, y su corteza, tan dura y áspera al tacto, encierra propiedades medicinales muy estimadas.

— El segundo fruto se parece bastante á las calabazas que se ven en Europa. Es poco succulento, pero en cambio proporciona vasos utilísimos á los indios.

— El tercer racimo es la banana. Este fruto, muy comun en la India, tiene un sabor especial, y aunque se coma de él todo el año no disgusta.

Los naturalistas cuentan doce especies de bananos. El más comun tiene un tronco de tres ó cuatro metros, rematado en muchas y largas hojas, algunas de las cuales alcanzan ocho pies de longitud y quince ó veinte pulgadas de ancho. Son bastante flexibles y de suficiente anchura para que con ellas puedan hacerse vestidos. Sirven tambien para multitud de usos domésticos y componen la vajilla ordinaria de los indígenas. Los indios pobres presentan con estas hojas los frutos á los extranjeros á quienes ofrecen hospitalidad.

El banano tiene tres ó cuatro órdenes de racimos,

conteniendo cada uno de éstos unas cincuenta bayas, llamadas bananas, que proporcionan un alimento sano y de gusto agradable.

Pero la especie más frecuente en la costa del Malabar tiene frutos más pequeños, numerosos y azucarados, y su sabor compite con el de los mejores frutos de Europa. Cuéntanse hasta quinientas bayas en el mismo racimo. Una particularidad de esta planta es que el tronco da solamente un racimo, y despues que se le ha despojado de este fruto se seca y muere, como si hubiese gastado toda su vida en producir ese único renuevo. Sin embargo, deja en torno suyo gran número de gérmenes que crecen rápidamente, y llevan á su vez su racimo único.

— El cuarto grupo de frutos lo componen nueces de cocos. El coco es una de las mayores riquezas de la India: como es de consumo casi diario así para el pobre como para el rico, el indio multiplica con solicitud su

producción. Rodea cada casa una plantación más ó menos considerable de cocoteros, con los que se mezclan bananos, de suerte que la mayor parte de los pueblos y ciudades pequeñas desaparecen enteramente entre el follaje de esos árboles.

Cada mañana el indio riega las tiernas plantas, que le darán más tarde hermosos frutos.

El cocotero, de la familia de las palme-

ras, tiene árboles de una talla gigantesca, pero la especie más notable y comun tiene el tronco bastante delgado, y su altura es de 20 á 25 metros.

Desde el primer año corona este árbol un magnífico haz de hojas encorvadas majestuosamente en todos sentidos. En el centro un boton, semejante al de la palmera, se alza hasta la altura de las ramas mayores.

De un metro de ancho y de cinco á seis de largo, estas hojas están formadas por una doble hilera de hojuelas muy regularmente superpuestas alrededor de un fuerte tallo: salen unas despues de otras de las que están ya desarrolladas. Las flores nacen en panículos ó espigas de debajo las hojas inferiores, en la punta del tronco. Estas flores dan nacimiento á frutos verdes, de tres lados, del tamaño de la cabeza, y ofreciendo, bajo una corteza hebrosa, un cuesco de un tejido leñoso sumamente duro, de forma oblonga y algo puntiaguda.

Es el coco ó la nuez del coco; contiene una pulpa



INDOSTAN.—Frutos del Mangalore: racimo de palmera; calabaza blanca; bananas; cocos.

muy blanca, semejante á una nata espesa, que se adhiere fuertemente á las paredes de la cáscara. Esta nata, de agradable gusto, contiene un licor refrescante, algo azucarado y de color lechoso. El indio lo utiliza todos los días en su *kary*, que es el sazonomiento indispensable del arroz: el indio prepara con el mayor cuidado esta salsa, cuya materia principal consiste en la crema y el agua de coco.

En el cocotero todo es útil: las cáscaras del fruto sirven para hacer trabajos cincelados; las hebras de la corteza dan buenas cuerdas; las hojas se emplean para hacer cestos, esteras y sillas; la madera es bastante sólida para entrar en las construcciones; y la savia obtenida por incision, fermenta pronto y produce, al cabo de algunas horas, un licor muy agradable, llamado vino del cocotero.

Así, en este árbol como en la palmera, la Providencia ofrece al indio todos los recursos necesarios á los usos acostumbrados de la vida.

ALBUM MALGACHE.

XVIII.

SEPULTURAS EN EL INTERIOR DE LA ISLA.



UMBAS de los hovas.—En la provincia de la Emirna no hay el temor supersticioso del sakalavo y del betsimitsara por los difuntos. Las moradas de los muertos están mezcladas con las de los vivos, ó por lo menos se encuentran en los lugares más frecuentados. Tananarive, lo mismo que otras ciudades y pueblos, contiene muchas de ellas. Los ricos las colocan en medio de sus quintas como el inmueble de que más se glorian. En una palabra, al hova le gusta vivir en familia con sus difuntos.

Aquí no hay fosas ó féretros que contengan cada uno un solo cadáver, sino huesas de familia, en la que se encuentran los antepasados.

Quando un hova muere en Fianarantsoa, en Fuerte-Delfín ó en algun otro país lejano, sus restos son inhumados provisionalmente hasta que se les puede transportar á los sepulcros de sus padres. Si el cuerpo se extravía se considera como una desolacion en la familia y una vergüenza que pesa sobre ella. Así la prohibicion de sepultar un culpable en la huesa de la familia se tiene por la pena más grave. Al contrario, cuando el soberano, despues de haber castigado al criminal con la última pena, autoriza á los parientes á llevarlo á su huesa, favor que se concede raras veces, puede decirse que ha perdonado la mitad de la pena.

Una catecúmena vino cierto día á encontrarme deshecha en llanto.

—Padre mio, me dijo, mis parientes, todos protestantes, me han declarado que, si me hacia católica, no me enterrarian en nuestro sepulcro.

—Y ¿qué les habeis contestado?

—Que si no me enterraban, los Padres me sepultarian en un lugar desde el cual iria al cielo.

Para ella era esto un acto heroico.

El dibujo que os dirijo (pág. 376) da la disposicion del sepulcro. Lo forman cuatro enormes piedras graníticas para los lados y otra para arriba. La del Oeste, empotrada en la abertura de la puerta, no está representada en el dibujo á fin de que se pueda ver el interior. Cuando estas cinco piedras están colocadas, y for-

man en la tierra una especie de cámara, se hacen cinco lechos ó pisos por medio de piedras menos grandes: un lecho en el fondo para el abuelo y la abuela, tronco de esa rama de familia, y dos lechos superpuestos en cada uno de los lados para todos los descendientes.

Cada cuerpo está rodeado de un número mayor ó menor de *lambas*, los más preciosos que puede proporcionar la familia. El suelo de la huesa está enlosado. La puerta es una piedra cerrada por una aldaba, que no puede abrirse por la parte exterior sino con llave. ¿Por qué tales precauciones? Porque en tales sitios se enterraran sumas de dinero y objetos preciosos.

Sobre la huesa hay el monumento exterior. Es un rectángulo, cuyas paredes están hechas con piedrecitas planas, entremezcladas con piedras algo mayores, formando dibujos. El interior está lleno de tierra, y lo rodea todo una especie de andén.

La creacion de un nuevo sepulcro para los biznietos es un acontecimiento histórico, y tiene lugar cuando el antiguo es sobrado lleno, ó conviene reemplazarlo con otro más en armonía con la posiccion de la familia.

Quando el soberano establece definitivamente una poblacion ó un grupo en un territorio de la Emirna que quiere poblar, cada familia lleva las cenizas de sus antepasados y las coloca en el sepulcro que allí debe construirse.

Para esta obra capital las familias convocan á los amigos; los oficiales á sus ayudas de campo y los señores á sus vasallos. Todos los esclavos acompañan á sus dueños. En Fianarantsoa con frecuencia los hombres libres y esclavos nos decian que estaban convocados en la Emirna para la construccion de un sepulcro, viéndose obligados á dejar toda otra ocupacion hasta que éste estuviese terminado.

La parte principal de semejante trabajo es el transporte de las cinco grandes piedras del sepulcro. En tales días nadie puede faltar en su puesto. Todos ponen mano en las cuerdas hechas de grama y otras hierbas. Se grita y canta á compás. Esa batahola es de rigor: entonces la piedra adelanta sobre rodillos de madera. En tales circunstancias la familia considera un honor obsequiar á los extranjeros, y concluido el trabajo hace matar cierto número de bueyes.

Antes de la abolicion de las supersticiones paganas por Ranavalona II, el simple hova, lo mismo que el príncipe, invocaba á Dios y á los antepasados ofreciéndoles sacrificios. En cada cabaña aún hay un rincón (el del Nordeste) al que se da el nombre de «ángulo de los antepasados», porque allí es donde se ofrecian los sacrificios y las oraciones.

No podemos pasar en silencio la ceremonia del *mamadika*. Consiste en volver el cadáver, como se volvería en su lecho á un enfermo fatigado, y á envolverle de nuevo con muchas telas preciosas. Esta ceremonia es una fiesta. La familia, engalanada con sus mejores vestidos, va al sepulcro, con música al frente, y al mismo tiempo que manipulan los muertos rien, cantan y hacen muchas demostraciones de gozo por visitar á los difuntos y darles algun alivio.

Nombremos de paso los sepulcros de Vazimba, piedras que no se distinguen de las otras piedras brutas diseminadas en la Emirna sino por su color negro, resultado de las frecuentes unciones que sufrieron quando se iba á invocar junto á ellas á los «dueños de la tierra.»

Tumbas de los reyes y principes hovas.—Los hovas llaman tambien el *santo* al rey que acaba de «volver la espalda.» Esta es la expresion consagrada, pues aquí un rey no muere; esto se deja para los simples mortales. No se cambia su nombre como el de los «nietos del oro.» Se le construye un sepulcro para él solo en el patio del palacio de Tananarive ó en el de Ambohimanga. Con el cuerpo se entierran tambien los muebles y otros objetos los más preciosos. Sus sucesores no se sirven de sus reliquias como talisman, como hacen los reyes sakalavos con el cuerno de las «cosas de gran precio.» Mas se practica una costumbre análoga en las circunstancias críticas en que el rey quiere asegurarse de la fidelidad de sus ministros y de los principales personajes. Hace tomar polvo de los sepulcros de sus predecesores, que se mezcla con cierta cantidad de agua. Esta bebida, que se les da haciéndoles prestar juramento de fidelidad, debe atraer sobre ellos las venganzas celestiales si son traidores.

Las súplicas é invocaciones, que se hacian en otro tiempo á los antepasados de los simples hovas, se dirigian con mayor razon á los reyes progenitores, y creo que los sacrificios diferian muy poco de los ya dichos.

Además, antes que la oracion (el protestantismo) fuese obligatoria, los hovas al dar gracias y al felicitar imploraban á cada instante sobre el interlocutor la gracia de Dios, la virtud y la santidad de los doce reyes, de las doce montañas, el genio de Andrianampomimerina, de Radama I, de Ranavalona I, etc. Gracias á Dios, este lenguaje pagano está al presente proscrito de la conversacion.

Se entierra á los príncipes en el sepulcro de familia, en el centro de la capital de su señoría. Tienen el privilegio de alzar en el monumento exterior, como señal distintiva de su nobleza, una pequeña cabaña llamada «la casa santa.»

La cabaña de los nobles, que sigue inmediatamente á la de los príncipes, difiere de aquella en que la casita es más pequeña y comun, y se la apellida la «mansion fria.»

Tumbas de los betsileos.—Los sepulcros de las familias betsileas no son hechos con enormes piedras acarreadas con grandes gastos, sino simples silos cavados en tierra firme. A diferencia de los silos para la conservacion de los granos, la bóveda es más gruesa y no es agujereada: la abertura está en el lado hácia el fondo, y no puede llegarse á ella sino por una zanja que empieza á cierta distancia de la tumba; precaucion necesaria para que no se hunda la bóveda que sostiene el monumento.

Los cuerpos no tienen camas de piedra; están colocados en esteras, y cubiertos con un simple lienzo. Cuando no hay necesidad de entrar en la huesa se llena la zanja.

El monumento exterior, que á menudo se encuentra á cierta distancia de la sepultura, tiene comunmente la misma forma que los de la Emirna: no está lleno de tierra, y las piedras que forman las paredes dejan en el centro un vacío, en forma de embudo, en donde se levanta un árbol que le corona y da sombra. A veces, en lugar de un paralelógramo, hay un cono ó monton de piedras planas, de un metro de altura, dispuesto en cuadro.

Lleguemos, por fin, al curioso monumento del que he ido á tomar un croquis.

Es una cámara sepulcral que se abre en lo alto de un peñasco á pico, sin martillo ni cincel, por medio del fuego de boñiga. No se trata de este monumento, coronado con cabezas de bueyes, que se ve en la fragosidad de la peña, sino de la concavidad situada en la parte superior del andamio y en la que termina la escala. Todas las concavidades elípticas y los huecos que se ven en las peñas son naturales. Esta misma pecha ofrece en otras partes muchos huecos análogos. A los sabios corresponde explicar su formacion.

El comandante de Fandjakane escogió para levantar el sepulcro de su padre de adopcion, la concavidad más eminente, en cuyo fondo habia un hueco que le permitió hacer el fuego que debia lentamente desprender pedazos de peña hasta obtener un aposento de tres ó cuatro metros cuadrados por dos de altura. Construyó un pedestal de piedras y lo llenó de tierra, levantando encima un tablado de catorce metros de elevacion. Este comandante es betsileo y no pertenece á la nobleza.

En Madagascar, siendo perfecta la adopcion, hay que labrar la tumba de su familia y de sí propio. Cuando está terminada, llévase á ella el cuerpo del padre, depositado en una tumba provisional, colocándose allí los objetos y el dinero que deben acompañar al difunto. Se cierra sólidamente la abertura de la cámara, luego se destruye el andamio y el pedestal, que se reconstruyen á la muerte de otro miembro de la familia.

Este género de tumba no es de invencion del comandante; no existen dos semejantes en la señoría de Fandjakane. Aquella en que está enterrado el hermano del señor actual está á veinte y seis metros sobre el suelo. Sin embargo, un ladron ha encontrado medio de introducirse en ella. Llegó á lo más alto por fragosidades de la peña que se hallaban en un punto distante de la tumba; luego, por medio de una cuerda fuertemente atada sobre el sepulcro, se deslizó ante la puerta, derribándola. Aun se dice que sobre esta peña aislada en medio del bosque ha compartido mucho tiempo la morada del difunto.

COSTA DE LOS ESCLAVOS.

XIX.

PUEBLOS EDIFICADOS SOBRE ESTACAS.

Cuando se va desde Porto-Novo á Whydah, la segunda ciudad del Dahomey, se sube en piragua la laguna Osa durante dos horas en la direccion del Sud-oeste. Éntrase entonces en un estrecho canal, llamado Toché, frecuentemente obstruido con vegetales que hacen su paso muy difícil. Sucede á menudo que, cogido en esas hierbas amontonadas, se ve uno forzado á pasar allí dias y noches expuesto á los mosquitos y á las emanaciones pútridas; mas apenas salido de aquel pantano respira á su sabor, su piragua prosigue con rapidez la marcha y los piragüeros continúan su monótono canto: al frente se extiende una magnífica sábana de agua, un lago inmenso cuyas orillas apenas alcanza á descubrir la vista: es el lago Nohué.

Islas flotantes, siguiendo el movimiento de las ondas, se balancean graciosamente en la superficie del lago, y ligeras barcas de pescadores lo surcan en todos sentidos.

En breve uno se sorprende al ver aparecer á la iz-

quierda, encima de las aguas, gran número de cabañas formando una populosa villa. Es Ketonu.

Cada habitación descansa en gruesas estacas fijas en el fondo del lago. Las paredes son de bambúes y el techo de hojas de palmera. Cada habitante, á más de su alojamiento, tiene parte de la cabaña reservada para vacas, cerdos, cabras y carneros.

En este pueblo pintoresco hay calles, plazas y cabañas especiales para celebrar los mercados. Cada cabaña tiene su piragua: esas ligeras embarcaciones, hechas de un tronco de árbol, pueden, á la manera de las góndolas venecianas, deslizarse por el dédalo de aquellas innumerables estacas sin chocar nunca.

¿Por qué razón los negros han escogido semejante sitio para levantar en él un pueblo? ¿Por qué han adoptado ese género de construcciones? Evidentemente tenían todas las ventajas edificando sus cabañas en tierra firme, tanto más cuanto las orillas del lago ofrecen sitios verdaderamente encantadores, donde todos tienen plantaciones de yuca, de maíz, etc. La primera vez que pasé por el lago Nohué dirigí las mismas preguntas á mis piragueros, y al momento me contestaron, mostrándome con la mano la dirección del Norte:

—¡Dahomey!
¡Dahomey!

No es este el único pueblo, mitad acuático-mitad aéreo, que se encuentra en el lago Nohué, y aún es el menos importante de todos. Se cuentan otros nueve. Si sus habitantes se dedican al cultivo en tierra firme, no pasan en ella la noche. Se retiran por la noche á sus *todjis* (cabañas sobre el agua), temiendo ser presa del Dahomey.

Cada año, como es sabido, el rey Gelelé organiza una caza de hombres, ora por una parte, ora por otra. Todos los países fronterizos han sido visitados á su turno, y los ribereños del lago Nohué no han perdido el recuerdo de las escenas de horror de que sus abuelos fueron testigos y víctimas. El cruel león de Agborne (dase el sobrenombre de león, *Kini-Kini*, al rey actual del Dahomey) recuerda también allí una presa para coger y la acecha con avidez.

A fin, pues, de sustraerse á una nueva invasión de parte de este terrible vecino, todos esos infelices negros se han visto precisados á construir sus pueblos en medio del lago. Allí están al abrigo de un golpe de mano, y su habilidad en el manejo de las piraguas les permite

escapar á un enemigo muy superior en número que se aventurase á guerrear en el agua. Pero no tienen que temer semejante ataque por parte de los dahomeyanos. Una ley de estado se opone á que pueda tener lugar esta clase de guerra. Voy á explicar el origen de semejante ley.

Los dahomeyanos, envalentonados por su éxito en el litoral, se adelantaron en sus anuales excursiones, por un lado hasta la punta de Lagos, á orillas del mar. En esta ocasión es cuando hicieron cegar la entrada de esa laguna, que ponía en comunicación el lago Nohué con el mar. Este trabajo, gigantesco para negros, ocasionó tal mortalidad entre las tropas y habitantes del país que se ocuparon en él, que desde entonces á este punto de la costa se le da el nombre de *Kutunu* (laguna de los muertos).

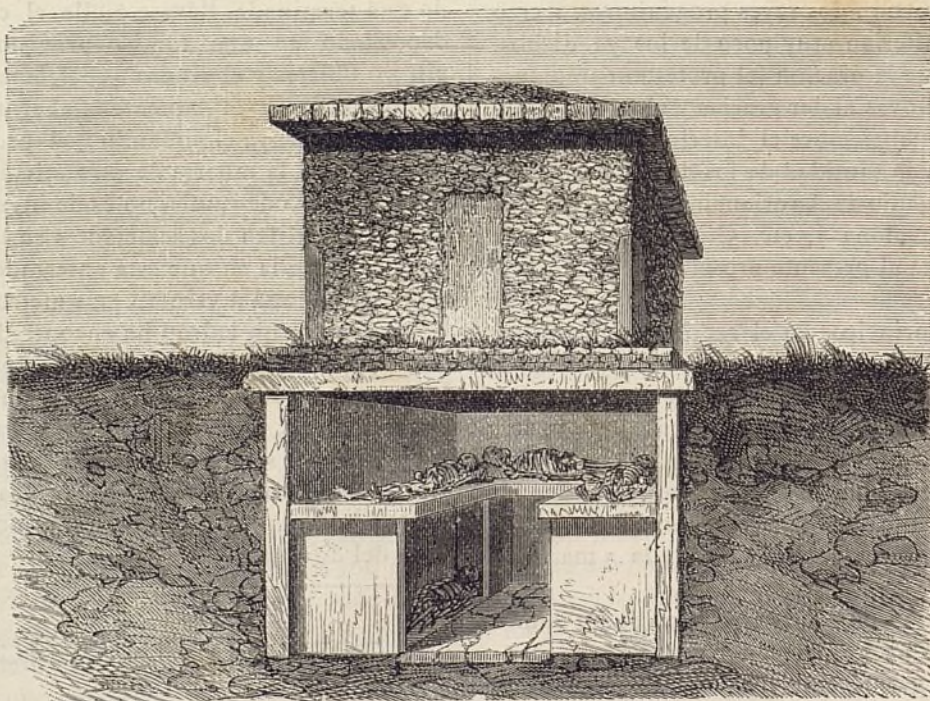
Por otro lado, hacía el Oeste, el ejército dahomeyano se aventuró hasta el río Volta. Al regreso de esta atre-

vida expedición encontró un obstáculo infranqueable con el que no habia contado. Los popos, enemigos seculares del Dahomey, dejaron pasar al ejército invasor sin disparar un tiro; pero mientras estaba aquél ocupado muy lejos, abrieron expresamente la embocadura de su laguna en el Océano. Infinidad de negros, hombres, mujeres y niños fueron empleados en esta opera-

ción, y ayudando las olas, en breve se estableció una vasta y peligrosa comunicación entre el mar y la laguna, quedando interceptado el paso por la playa. Los dahomeyanos, en número de 20,000, ricos de botín y de cautivos, se encontraron acorralados en aquel lugar, sin barcas y sin salida. Sus enemigos les acosaron por detrás, y se entregaron á la desesperación. Todos quedaron muertos ó ahogados, excepto tres, á quienes los popos cortaron nariz y orejas, despachándolos para el Dahomey, á donde fueron á anunciar el desastre. Desde entonces el Dahomey teme aventurarse cerca de las lagunas, y ha jurado no dejar cogerse en ellas otra vez: de ahí la ley que prohíbe al soberano hacer la guerra en el agua, y aún, para él personalmente, que vaya á ver el mar.

Desde aquella época, nunca más los negros de los *todjis* del lago Nohué han sido atacados por los dahomeyanos.

Mucho tiempo hemos buscado un medio práctico



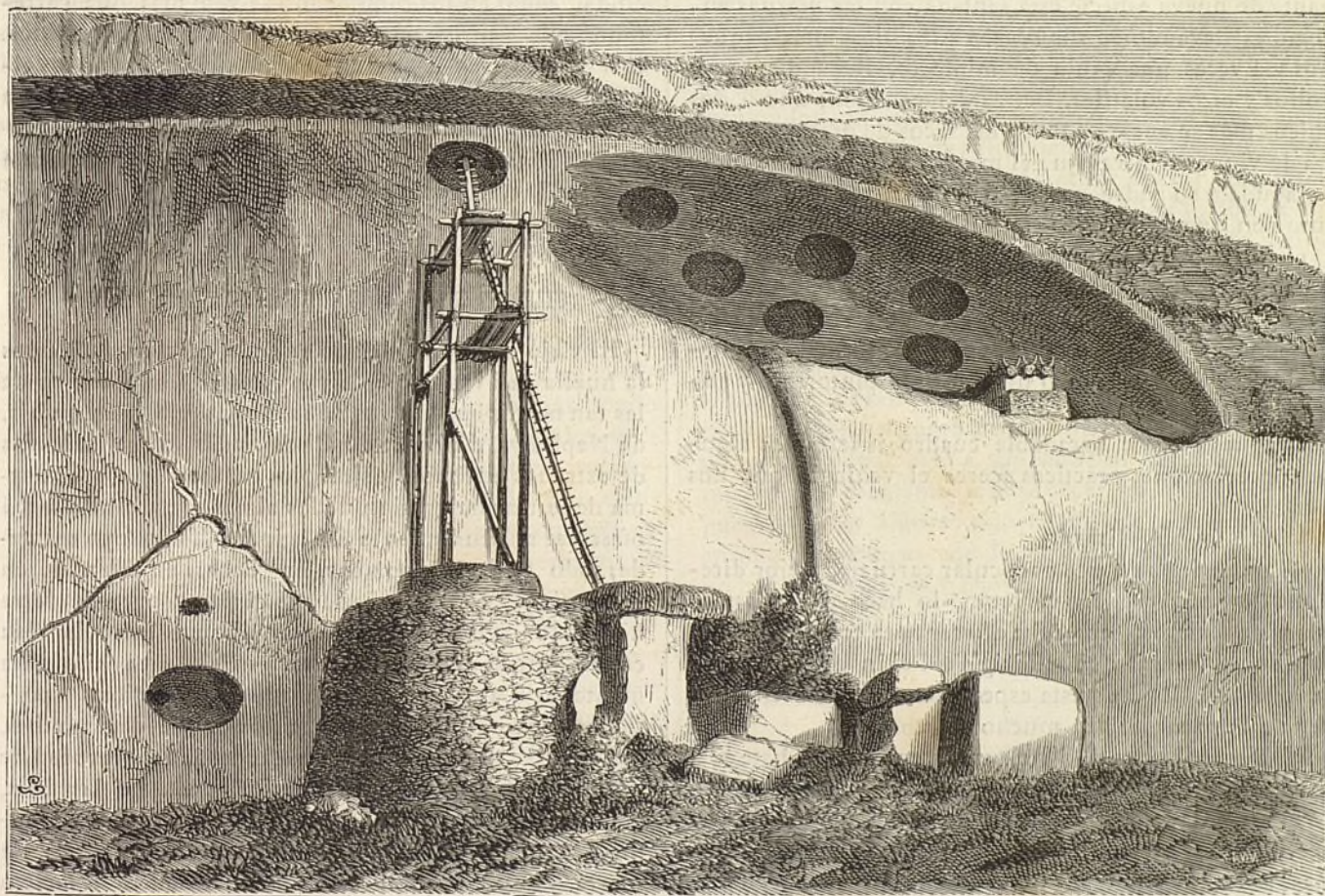
ALBUM MALGACHE.—Tumbas de los hovas. (Pág. 374).

para evangelizar á esas infelices gentes. Hubiera sido preciso procurarse una barca bastante ancha para instalar en ella por lo menos dos misioneros y un Hermano. De este modo hubieran podido trasladarse á la vela de uno á otro pueblo, é instruir sucesivamente á sus numerosos habitantes. Nuestros recursos no nos permitieron emprender esta obra.

LOS VEHÍCULOS CHINOS.

La manera de viajar de los chinos no es la menos curiosa de sus costumbres, segun podrá verse por los siguientes datos entresacados de las cartas de los misioneros, y de las relaciones de las demás personas que han viajado por aquel país.

« Entre los vehículos chinos, dice el señor cura Girard, citarémos en primer término la silla mandarina, cuyo solo nombre ya nos indica la clase de altos dignatarios y ricos personajes que pueden recrearse con semejantes comodidades. Parecida á nuestras sillas de mano, está hecha de fuertes ramas de bambú cruzadas en forma de enrejado y sólidamente unidas entre sí con junquillos de Indias. El interior está guarnecido de almohadones para sentarse. Segun las estaciones, esta silla se cubre con una tela de algodón pintada ó bien con un tejido de lana ó de seda, acompañado en tiempo de lluvia con otra guarnicion de tafetan impermeable. Dos hombres bastan ordinariamente para transportarla; pero cuando la obesidad del viajero, cosa muy comun en la China, exige mayor desarrollo de fuerza, á los dos palos



ALBUM MALGACHE.—Tumbas de los Betsileos: cámara sepulcral abierta en la peña viva. (Pág. 374).

que suelen usarse se añaden otras palancas para distribuir el peso sobre mayor número de espaldas.

« Los mandarines del país y los demás ricos pueden servirse, á medida de sus deseos, de estos vehículos aristocráticos. Por lo que hace á los mandarines tártaros ó militares, tanto en invierno como en verano, deben viajar á caballo. Así lo han dispuesto los emperadores, con el fin de sostener el vigor y energía que debe caracterizar á la milicia. Las damas chinas de alto rango viajan por lo comun en cómodas literas, perfectamente cerradas y colocadas encima de caballos ó mulos.

« El comun de los viajeros recurre á medios de transportes menos cómodos, pero tambien menos costosos. Hay en la China toda clase de carros tirados por caballos, mulos ó bueyes, pero dirémos de paso que

ninguno de ellos está suspendido; por cuyo motivo todos sus movimientos son difíciles y pesados. Los carreteros chinos desconocen completamente el uso de los resortes.

« Entre estos vehículos hay uno que se distingue de los demás por la originalidad verdaderamente china de su estructura. No tiene más que una rueda muy alta, y colocada en medio del eje. En los extremos de éste hay fijos unos soportes que sostienen un enrejado en forma de angarilla. Este carruaje sirve indiferentemente para transportar géneros ó personas. Estas se sientan delante ó detrás, formando contrapeso con su equipaje; pero si los bultos pesan demasiado, se restablece el equilibrio, distribuyéndolos uniformemente en los dos extremos. En este caso el viajero se coloca en el centro. Por pun-

to general es suficiente un solo hombre para empujarlo; no obstante, si la carga es considerable, se añade otro que tira por delante. También puede hacerse uso de un caballo, de un mulo ó de un jumento.»

Hé aquí cómo M. de Bourboulon describe el carruaje-carreton.

«Nada más singular, dice, que el sistema de locomoción usado en el Norte de la China.

«Figurémonos un inmenso carreton en forma de angarillas, es decir, con dos brazos en cada extremo. La rueda gira en medio de una caja de madera sostenida por dos barras de hierro. Cuando hace un viento favorable, el ingenioso chino añade un mástil con una vela cuadrada. Sobre la caja se colocan utensilios de toda clase: ollas, tarros, paquetes de vestidos viejos é instrumentos agrícolas.

«A un extremo de los brazos, la mujer de este navegante de nueva especie está sentada con las piernas encogidas, llevando en sus brazos á los hijos más pequeños y á veces una jaula de mimbres, llena de patos, pollos y otros volátiles. Detrás del carreton, uno ó dos chicos más se encaraman en los sacos de grano y barriles de vino, mientras que el mayor, si es bastante fuerte, ayuda á su padre por la delantera, rodeada la cintura con una correa que comunica con los brazos.

«El desfile de estos carretones en el camino de Sin-ho á Feh-tang, seguido de las vociferaciones habituales y alegre clamoreo de esta pobre gente, del balido de los ganados y del cloqueo de los volátiles, formaba en medio del ruido y del polvo un conjunto pintoresco y animado.»

Después de este agradable cuadro insertamos algunas apreciaciones prácticas acerca el vehículo que nos ocupa.

Continúa Mr. Girard:

«La sencillez de este particular carruaje, mejor diremos, de este verdadero carreton, lo hace poco costoso para los viajeros; pero debe ofrecer poca comodidad. Un misionero francés que se dirigía á Pekin desde Canton en 1768, se sirvió de esta especie de carro; mas al parecer no se congratulaba mucho del ensayo.

«Dejamos el canal, dice, para ir en carreta. Este es el modo de viajar en esta parte de la China, el cuales más incómodo de lo que pudiera pensarse. La carreta es una masa que da miedo, bastante parecida á nuestras cureñas. Sólo hay sitio para una persona, y aún es necesario cruzar las piernas. Hay horribles sacudidas, el sol quema, y el polvo es á veces tanto, que quita la respiración.»

El R. P. de Carrère, misionero del distrito de Haymen (Kiang-nan), confirma estas apreciaciones en una carta inédita.

«El medio de viajar es casi exclusivamente el carreton. La silla se presenta raras veces, y hay que valerse de esclavos; de modo que los haimeneses tienen á honra tirar del carreton. A todas horas, de día y de noche, si quereis poneros en camino, encontraréis carretones y conductores. ¡Qué ventaja! Sin embargo, no deja de haber sus inconvenientes. ¿Está seco el tiempo? Los chillidos del carreton desgarran el oído, y las sacudidas muelen los huesos del novel viajero. ¿Ha llovido? El precioso vehículo resbala casualmente con el conductor, y hombre y equipaje ruedan en el agua cenagosa de un arroyo. Yo tengo por más prudente confiar á mis piernas el viaje.»

El R. P. Grouillière nos suministra una descripción muy exacta del carreton que se usa en la isla de Tsong-min.

«¿Quiere V. una descripción del sistema de locomoción tsong-minesa? Voy á dársela del mejor modo que sepa. A cada lado de la rueda del vehículo hay adaptados dos objetos á manera de bastos, el uno para recibir á la persona, y el otro para colocar su equipaje. A veces en lugar de un conductor (de la más distinguida alcurnia), se encuentran dos: uno que empuja y otro que tira, y se empieza la marcha con movimiento acelerado; pero entonces los dos mozos respiran con fuerza, la rueda chilla, el que empuja suda, el que tira tropieza, y en gracia de las desigualdades del terreno, el que va encima experimenta sacudidas tan multiplicadas y á veces tan violentas, que revuelven todo el sistema cerebro-espinal. Sea lo que fuere, en toda la isla, tanto en la ciudad como en los campos, no se ven más que carretones que van, vienen y se cruzan en todos sentidos. Los jóvenes conducen á los viejos, los pobres á los ricos, el padre á sus hijos, el marido á su mujer, etc. En todas partes, finalmente, desde el primero hasta el último eslabon de la escala social, no se observa otra cosa que conductores y conducidos.»

CIUDADES DE LOS MUERTOS EN EGIPTO.

El viejo Egipto ha dejado en todos sus monumentos la huella casi indeleble de sus creencias. En medio de las tan multiplicadas representaciones de Osiris, de Isis, de Nephthys, de Knef, de Phtha, y de tantas deidades de extraños atributos y símbolos característicos, el dogma de la transmigración de las almas viene sin cesar á ofrecerse al pensamiento del egipcio. Todo se lo recuerda, todo repite al hombre, en Tebas, en Memfis, en Elephantina, en Oxyrinchus, que al pasar por esa tierra hija de los cielos no debe pensar sino en la vuelta á su celeste patria. ¿Qué cosa empero más á propósito para mantener fija en el pensamiento esta misteriosa y poética creencia, que aquellas ciudades de las tumbas, aquellas necrópolis, emblema eterno de la brevedad de nuestra vida? Allí, gracias á los perfumes y á las fajas, el cuerpo conservará sus formas, su postura, su fisonomía; allí todo respira la existencia, pero una existencia nueva, desconocida, muda como la muerte, silenciosa como la tumba, aquella vida, en fin, libre de las manchas de nuestra vida terrestre y disipada, que espera el justo después de mil años de expiación, y el culpable después de tres mil de sufrimiento. Incapaz de penetrar lo profundo del pensamiento que elevaba aquellas ciudades funerarias, deducía el pueblo que el alma del hombre sobrevivía todo el tiempo que su corteza tardaba en destruirse, superstición grosera y ridícula alimentada por la casta sacerdotal, depositaria de los dogmas verdaderos, la cual guardaba para sí el secreto de aquellos emblemas no comprendidos por el vulgo.

Pero no sólo presidía una razón religiosa á la costumbre de embalsamar los muertos y de conservar hasta la imagen de los animales sagrados: asistía además una razón de salud pública. La peste, aquel terrible azote que fijara su morada en el corazón del Oriente, y que desde allí se extiende á veces á las comarcas occidentales, era desconocida al Egipto de los Faraones. Aquella terrible enfermedad, tenida largo tiempo por contagio-

sa, diezma casi cada año una buena parte del Cairo, de Alejandría y de las vecinas comarcas. Nadie temía hace tres mil años aquel implacable enemigo. ¿Por qué? porque preservando de la disolución los mortales despojos, los hipogeos impedían que los miasmas emponzoñados que se exhalan de nuestros cadáveres infestasen un aire ardiente y húmedo á la vez, conservador de todos los principios morbíficos. Así, pues, el embalsamamiento no era sólo un respeto religioso á un cuerpo habitado por la emanación del dios infinito, sin nombre, inmutable, incorpóreo que adoraban los egipcios; sino también un medio de preservar al país de la enfermedad que lo ha desolado desde el momento en que desapareciera esta costumbre.

Doquiera penetrara la dominación egipcia multiplicaba aquellas ciudades fúnebres, amontonaba los sepulcros. Así es como la Cyrenáica posee igualmente monumentos del género de los Syringes de Tebas. A cada paso encuentra el viajero restos de aquellas necrópolis en parte arruinadas por el tiempo. Principalmente en los alrededores de Massakhint, de aquella ciudad que la credulidad oriental miraba como si hubiese sido petrificada, tomando los brazos y los troncos de las estatuas por el cuerpo de los habitantes de tan extraño modo metamorfoseados, allí, digo, se encuentran vestigios de construcciones de necrópolis. Al rededor de Massakhint (es decir, la ciudad de las estatuas), extiéndense varios valles cuyo suelo ofrece á cada paso señales de aquellas mansiones dedicadas á los muertos: á un lado encuéntrase el valle de Kubbeh, cuyas alturas están todas abiertas para tumbas. En el lugar más hondo de la llanura elévanse ocho pilastras con capiteles unidos, formando una galería cubierta de anchos pedruscos monolitos, apoyados contra la colina. Hay en el interior de la galería una pequeña abertura practicada en la roca al nivel del suelo, en la cual se penetra con el auxilio de una escalera; y desde el punto en que están los ojos familiarizados con la oscuridad de aquellos lugares, nos encontramos en una gruta cuyo lecho forma una especie de bóveda. Un ligero murmullo indica que debe de nacer en ella un manantial que se escapa por algún conducto subterráneo. Esta agua, que tiene la extraña propiedad de teñir de negro, riega y fertiliza todo el valle.

A la entrada de cada una de todas las demás grutas del alrededor extiéndese una magnífica alfombra de verdura, y están practicadas las aberturas en cantos desiguales. Contiguo á Cirene, los hipogeos tienen un aspecto verdaderamente monumental; y un arte infinito ha abierto en la pared un magnífico sarcófago, rematando el todo en una pequeña bóveda adornada de guirnaldas.

Junto á la antigua Damis, admira el viajero las grutas sepulcrales, llamadas Kennissich, á las cuales se llega por unos escalones practicados en los lugares más escabrosos de una torrentera situada á la orilla del mar.

La misma Cirene no es más que una vasta necrópolis abierta en el costado de una montaña; doquiera tumbas al estilo dórico, con sus columnas estriadas, sus jeroglíficos y sus canales. Ora los hipogeos no son más que unos meros cuadrados practicados en la roca, ora van precedidos de pórticos.

En los primeros siglos del Cristianismo, todas aquellas cavernas funerarias servían de refugio á los ermitaños, los cuales corrían en tropel al desierto á olvidar el

mundo y consagrarse á Dios. En su piadoso ascetismo borraron más de una imagen curiosa que adornaba las sepulcrales mansiones, y sustituyeron emblemas cristianos á los emblemas de la religión de Knef y de Osiris. Posteriormente, el islamismo más vandálico invadiera aquellos antiguos testigos de las revoluciones de los siglos; y el indolente árabe estableció su tienda en aquellas grutas abiertas para recibir ataúdes, y con indiferentes ojos miró como el tiempo destruía pieza por pieza aquellas obras del hombre que desafiaban su poder, y gracias si todavía no precipitaba la destrucción. Abandonó en seguida aquellas moradas cavernosas por más cómodos lugares. Desde entonces no ocuparon los hipogeos sino bandas errantes de malhechores, que aligeran al viajero y atacan las caravanas. Desde allí, así como las fieras en su guarida, acechan su presa.

Hé aquí un breve episodio que describe el destino actual de aquellas ciudades sepulcrales:

«Era de noche, dice M. A. de Saint-Aigland, é iba escoltado por dos moros y un viejo jeque árabe, llevando el intento de gozar del espectáculo de los hipogeos al resplandor de las hachas. Adelantábame lentamente hácia el Sud de Massakhit, cuando oí silbar á mis oídos una bala; estaban á punto de echar á huir mis guías, y exclamaban ya: «Son bandidos,» cuando los detuvo el viejo jeque y se arrojó sobre la cuadrilla de malhechores, armado de una pistola y de una excelente hoja de Damasco. Hicieron entonces una terrible descarga, que creí había arrebatado mil veces la vida á Abdallah, así se llamaba el árabe; pero volvió á juntarse conmigo triunfante. «Han echado á huir, me dijo, porque soy invulnerable,» y enseñábame una larga hoja de pergamino, en la cual estaba grabado un versículo del Corán. «Perro cristiano, rehúsa creer en el Profeta, después de haber sido testigo de tal milagro.» Entonces entonó con robusta voz la fórmula sacramental: «No, no hay mas dios que Dios, y Mahoma es su profeta.» En seguida nos internámos en la caverna, cuyos ecos repitieron multiplicadas veces el grito de victoria del viejo árabe.»

NECROLOGÍA.

Ilmo. Amherst, antiguo obispo de Northampton.

El 21 de agosto pasó á mejor vida en Kenilworth un ilustre Prelado que había ocupado durante más de veinte años la Sede de Northampton. El Ilmo. Francisco Kerril Amherst nació el 21 de marzo de 1819. Enseñó con brillantez en el colegio de Oscott, y fué elegido para reemplazar en 1858 al venerable Ilmo. Wareing, dimisionario. A su vez también se vió obligado, después de llevar largo tiempo el peso del episcopado, á resignar su cargo por causa de salud en 1879. Hacia tres años recibió el título de obispo de Sozuzé, y vivía retirado en el seno de su familia.

Ilmo. Guierry, vicario apostólico del Tche-Kiang.

Un telegrama de Shang-hai anuncia la muerte del Ilmo. Edmundo Francisco Guierry, de la Congregación de la Misión, obispo titular de Danaba y vicario apostólico del Tche-Kiang, en China.

Nació en la diócesis de Sens el 4 de julio de 1825, y fué nombrado obispo de Danaba el 6 de setiembre de 1864 y coadjutor del Pe-tche-ly septentrional. En setiembre de 1869 se le nombró vicario apostólico de Tche-Kiang.

El Rdo. P. Vierin, misionero del Zambese.

Un joven Padre jesuita del Zambese, el P. Vierin, acaba de sucumbir á la fiebre maligna que hasta ahora se ha mostrado el más terrible enemigo del misionero en el Africa austral. El primer ataque de la enfermedad remontaba al mes de diciembre de 1882; mas se habia restablecido de ella tan perfectamente que se creyó del todo curado, y el 17 de abril envió á sus parientes y amigos excelentes noticias de su salud. Dos dias despues dejaba de existir.

Antes de dirigirse á la Mision del Zambese, el P. Vierin habia ejercido con mucho fruto el santo ministerio en Kabilia. El P. Guillermo Vierin habia nacido el 4 de febrero de 1840.

Ilmo. Suter, capuchino, antiguo vicario apostólico de Túnez.

El 30 de agosto último falleció en Ferrara, en el convento de los Padres Capuchinos, despues de prolongada agonía, el Ilmo. Fidel Suter, arzobispo de Ancira.

Nació en Ferrara el 6 de marzo de 1796, y era provincial de los Capuchinos de Bolonia cuando Su Santidad Gregorio XVI elevó, por breve de 21 de marzo de 1843, la prefectura de Túnez á vicariato apostólico. El santo religioso recibió el encargo de organizar aquella Mision y fué preconizado el 23 de junio de 1844, obispo de Rosalia. Merced á su prudente administracion y á la proteccion del bey, la Religion hizo rápidos progresos en la Regencia. Una estadística levantada en 1876 da para Túnez más de 20,000 católicos, mientras



COSTA DE LOS ESCLAVOS.—Pueblo edificado sobre estacas, en el lago Nohué. (Pág. 376).

que en 1834 no se contaban más que 7,800. A fines de junio de 1881 el venerable Obispo, que contaba ochenta y seis años de edad, obtuvo de la Santa Sede su dimision de vicario apostólico, y poco despues fué promovido arzobispo de Ancira. El anciano Prelado vivió despues retirado en su ciudad natal. Su muerte fué muy sentida en Ferrara, y el 1.º de setiembre se le celebraron los funerales con todos los honores debidos á su rango.

Ilmo. Luis Martini, antiguo obispo misionero de las Indias.

Otro Prelado retirado desde muchos años de la vida activa de las Misiones, el Ilmo. Luis Martini, arzobispo titular de Cyrha, acaba de morir tambien en Italia, en Arezzo.

Nacido en Lucas en 1809, entró muy joven en la Orden de Carmelitas Descalzos, y partió en breve para el

Indostan. Por su raro mérito se le eligió en 1839 para coadjutor del Ilmo. Francisco Javier de Santa Ana, obispo de Amata, contando sólo treinta años. La inmensa extension del vicariato de Verapoly hacia su administracion laboriosísima: abrazaba entonces, en efecto, toda la parte occidental de la península desde Goa hasta el Cabo Comorin, y no contaba menos de 200,000 cristianos. El joven Prelado secundó valientemente á su venerable Vicario apostólico hasta 1844, época en que Dios llamó á sí al Ilmo. de Santa Ana. La Santa Sede, deseando sin duda recompensar los servicios que habia prestado á las Misiones, le promovió el 25 de setiembre de 1845 á la dignidad arzobispal con el título de Cyrha. Con él desaparece el decano en edad y episcopado de los obispos misioneros de la India.